



UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA

Vicerrectoría de Docencia

# Leer *y* releer

Junio de 2026 | N.º 108



## Breviario del Mundial



Cubierta: *Andrés*. Oleo barra. Acrílico sobre lienzo. 100 x 100 cm

Ilustraciones de Morata

Compilación: Juan Carlos Orrego Arismendi y Andrés Esteban Acosta Zapata

Ley 23 de 1982 / Cap.3 (Art.32) Es permitido utilizar obras literarias o artísticas o parte de ellas, a título de ilustración en obras destinadas a la enseñanza, por medio de publicaciones, emisiones de radiodifusión o grabaciones sonoras o visuales, dentro de los límites justificados por el fin propuesto, o comunicar con propósitos de enseñanza la obra radiodifundida para fines escolares, educativos, universitarios y de formación profesional sin fines de lucro, con la obligación de mencionar el nombre del autor y el título de las obras así utilizadas.



Para acceder a toda la colección en lectura digital

<https://bibliotecadigital.udea.edu.co/collections/90bd191a-953b-4df8-9c18-ccb742105a2b>



<http://biblioteca.udea.edu.co>

Correo electrónico: [jluis.arboleda@udea.edu.co](mailto:jluis.arboleda@udea.edu.co)

Diseño, diagramación e impresión: Imprenta Universidad de Antioquia

Distribución gratuita

# Presentación

El balompié, como todo deporte de asociación, es democrático y multifacético, una actividad en la que todo cabe, hasta la discreción con que puede presentarse entre los apasionamientos inocentes, aunque finalmente no lo sea. Es indudable que a la fiebre futbolera se le pueden endilgar tantas bondades como demonios injertos, soslayando en ello todo lo humano de quienes, como espectadores, practicantes, competidores profesionales, analistas, entrenadores, apostadores, empresarios o detractores, se involucran con este invento inglés, surgido en Londres hacia 1862, cuya estructura y reglas son la base del que hoy se practica, aunque tenga variantes en algunos países o culturas (fútbol americano, fútbol australiano, fútbol gaélico y rugby, entre otros).

De aquella primera Asociación Inglesa de Fútbol, inaugurada con la Copa de Inglaterra, hasta hoy, ha crecido tanto el reconocimiento de este deporte que no hay lugar en el planeta que al menos no tenga una pequeña representación masculina o femenina en esta práctica. Razones de este tipo motivaron la creación de la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA), en 1904, y el primer encuentro de competición para selecciones, instalado oficialmente en 1930, con 13 equipos representando a sus países para aquella contienda denominada “Mundial”, que coronó campeona a la selección de Uruguay. Además, sus organizadores plantearon la celebración de esta competición cada cuatro años, con variación de sede y la invitación para todos los países asociados a FIFA, dejando de jugarse solo en el marco de la Segunda Guerra Mundial. Estos son solo algunos datos que engrosan la larga cronología futbolera, pero hay más para decir al respecto, como que el fútbol es otra lupa de nuestros dramas humanos, dimensiona lo maleable de nuestras emociones, la tendencia de ritualizar, el impulso de empeñar la ilusión al azar del triunfo o de la pérdida, con la sentencia “zurbeldiana” de que en cualquiera de los casos, lo que sigue es pasar la página y volver a empezar, ¡claro!, con mayor comodidad para quien alardea de haber ganado, aumentando la efervescencia de la siguiente ilusión.

Con todo este marco, que pone un nuevo certamen del balompié en el orbe, se ha compilado el presente *Leer y releer*, intencionado como una manera literaria de vivir este acontecer global, porque la literatura y el fútbol han encontrado sus convergencias mediante muchos autores en diferentes latitudes. Así pues, en este “pequeño mundialito” que publicamos, hay una suerte de “boleto”, con puesto en tribuna de preferencia para disfrutar de todo este espectáculo. De entrada, la propuesta visual de Rodrigo Mora, Morata, artista de colores díscolos que abren un show cruzado en emociones; a ella se suman distintas voces: la del mexicano Jacques Coste, las nacionales de Pascual Gaviria, Gonzalo Medina, Andrés Acosta, Daniel Gómez, Camilo Suárez, Juan Carlos Orrego, Mónica López, Camilo Castañeda, Anamaría Vargas y Laura Franco; en su papel de hinchas y comentaristas espontáneos para esta edición #108, que, de paso, extiende un agradecimiento especial a la periodista Leila Guerriero, quien desde Argentina se hace presente con sus letras en estas páginas que hoy gritan ¡GOOOOL!

Dejamos, pues, en tus manos, esta compilación que espera ser deleite de muchas personas, para que este pitazo inicial señale cómo abrir otra inolvidable lectura. ¡Que rueda la pelota!

*José Luis Arboleda*

Sistema de Bibliotecas  
Universidad de Antioquia

# Mi padre camina por el parque

Leila Guerriero \*

En noviembre de 1974, el cineasta alemán Werner Herzog recibió la llamada de un amigo desde París que le avisó de que la crítica de cine alemana Lotte Eisner, fundadora de la Cinemateca Francesa y, según el mismo Herzog, “la conciencia del Nuevo Cine Alemán”, estaba muy enferma y probablemente moriría. Herzog se dijo que eso no podía ocurrir. Tomó sus botas, una campera, una brújula, un bolso, y empezó a caminar desde Munich hasta París, 830 kilómetros de invierno europeo. Durmió en galpones, se desgarró los pies, tuvo mucho frío. La experiencia está recogida en su diario de viaje, *Del caminar sobre el hielo*, donde dice: “Nuestra Eisner no debe morir, no va a morir, yo no lo permito (...) No ahora, no lo tiene permitido (...). Mis pasos son firmes. Y ahora tiembla la tierra. Cuando yo camino, camina un bison. Cuando descanso, reposa una montaña”.

Veinte días más tarde, cuando llegó a París, Lotte Eisner estaba viva. Herzog se sentó en una silla, puso los pies en otra, la miró, le dijo: “Juntos vamos a cocinar fuego y a detener pescados”. Ella sonrió. “Por un breve y delicado momento —escribe Herzog—, algo dulce atravesó mi cuerpo muerto de cansancio. Entonces le dije: abra las ventanas, desde hace unos días que puedo volar”. Un animal potente, un hombre que realiza un acto insensato para detener a la muerte. Y la detiene. Porque Lotte Eisner no murió, no entonces. Mi padre es eso: un animal potente, un hombre. No es raro, entonces, que sus

---

\* Periodista argentina, su trabajo se publica en diversos medios de América Latina y Europa. Es autora de los libros: *Los suicidas del fin del mundo*, *Frutos extraños*, *Una historia sencilla*, *Opus Gelber*, *Teoría de la gravedad* y *La otra guerra*, entre otros. En *EL PAÍS* escribe columnas, crónicas y perfiles.

Esta columna fue publicada en *El País* (España), el 18 de diciembre de 2022.

hijos crean que es alguien que puede mover las cosas del mundo, producir efectos. Hablé de eso en este periódico la semana pasada, en una columna que tuvo cierta repercusión. Allí conté que mis hermanos lo habían transformado en cábala venturosa y que él, en nombre de un amor jamás reconocido, se aplicó a la tarea.

Este domingo, cuando Argentina jugó la final de la Copa del Mundo contra Francia, hizo lo que había que hacer para continuar con la cábala absurda que le había sido impuesta: salir a caminar con sus perras por el parque durante el transcurso del partido. Me lleva 19 o 20 años. Es fuerte. Se traga la oscuridad de todos aunque él es, claro, muy oscuro. Caminó por el parque, permaneciendo en su rol de demiurgo majestuoso, concentrado en una sola idea: atraer la suerte, doblarle el pulso al destino, violentarlo, ganar. Supo de los goles propios por los gritos que llegaban desde la ciudad. Pensó que todo estaba en orden. Pero otra vez, como durante el partido con Países Bajos, las cosas empezaron a ponerse feas y llegaron dos goles de Francia. Se la vio venir, se dijo que no se iba a quedar dando vueltas hasta cualquier hora, y se fue a hacer la siesta. Mientras todo eso sucedía en la ciudad donde él vive, yo, en Buenos Aires, estaba al borde del colapso. Tiempo adicional, gol, gol. Penales. Cuando se pateó el de la victoria, di un alarido poco compatible con mi indiferencia hacia el fútbol —soy un lugar común, miro sólo los Mundiales y sólo cuando juega la selección argentina—, y lo llamé por teléfono. Todavía estaba durmiendo. No entendió qué pasaba. Cuando le conté —“¡Campeones!”—, se rio y me dijo: “Ah, qué bien. Oíme: ¿para la Navidad te parece que hagamos pollo relleno?”. Ese es mi padre. Un hombre que se aboca a cambiar el mundo mientras duerme la siesta y que, al despertar, se preocupa por el pollo relleno. Que forja a sus hijos en el oficio de estar vivos y tiene la modestia de hacerles creer que no le deben nada. Apenas terminó el partido, me escribieron muchísimas personas enviando abrazos y agradecimiento a ese hombre al que no conocen. Un hombre capaz de apartar tinieblas y decir (decirnos), desde la cuna y hasta el último grito, “No temas. Yo me ocupo”. Un padre. Reacia a las cábalas como soy, atea, descreída, sin fe, sin ilusión y sin supersticiones, yo creo en él. En el poder de ese bisonte. Así que, parafraseando las últimas líneas del libro de Herzog: “Padre, no soy la única a la que usted le dio alas. Le agradezco. Y también a ustedes, damas y caballeros, por su atención”.



*Maradona.* Giclée sobre papel algodón. 50 x 50 cm

# Seis capítulos finales

Pascual Gaviria<sup>\*</sup>

Un poco más de un día y medio suman los minutos disputados en las finales de las 22 Copas del Mundo jugadas hasta ahora. Han sido 38 horas y 20 minutos de pasmo en casi cien años. Nadie aguantaría una sesión maratónica con los azares, las grescas, las lágrimas, las provocaciones y las agonías de las finales. Sentarse a verlas en seguidilla, como se consumen las series de hoy, supondría una sobredosis de melodrama. El árbitro le da *play* a seis capítulos de la primera temporada.

En 1930 todo estaba dado para una final entre Uruguay y Argentina. Venían de disputar el oro olímpico, que ganaron los uruguayos, y los grupos se armaron para que sólo pudieran enfrentarse en el partido de cierre. Desde esos tiempos se odiaban a muerte los hermanos del Río de la Plata. El clima para la final en El Centenario, donde asistieron 93 000 aficionados —20 000 eran argentinos—, no era nada tranquilo. Luis Monti, mediocampista argentino, quiso negarse a entrar a la cancha, arrugado ante la garra charrúa.

El duelo empezó desde los balones. Cada selección llegó con su esférica importada, los argentinos desde Inglaterra y los uruguayos desde Escocia. No se ponían de acuerdo los capitanes, y le tocó bajar al campo a Jules Rimet, presidente de la FIFA, para hacer de Salomón: balón argentino para el primer tiempo y pelota uruguaya para el segundo. El primer tiempo terminó 2-1 a favor de los argentinos, pero en el segundo los uruguayos remontaron para un 4-2 definitivo. ¡Lo que vale la posesión del balón!

---

\* Abogado sin ejercicio y arquero retirado. Su primera experiencia de estadio fue en la tribuna oriental del Atanasio Girardot, bajo un sol de justicia en un lánguido 1-0. Hinchaba verde con dos títulos de Libertadores en el estadio. Se hizo periodista. Su debut en la radio tuvo lugar en el programa Rock N' Gol, con lo que cumplió el sueño infantil de comentar desde la cabina. Maradoniano empedernido desde España 82, cuando el astro salió expulsado frente al histriónico Brasil.

Ha sido la final con los DT más jóvenes de la historia: Juan José Tramutola, el argentino, tenía sólo 27, y el uruguayo Alberto Suppici acababa de cumplir 31 (Lobo Zagallo tenía 38 cuando comandaba a Brasil en México 70). En la cancha estuvieron juntos los hermanos argentinos Juan y Mario Evaristo, una escena familiar que se ha repetido en cuatro finales más. También hubo una “mano de Dios”: el 4-2 definitivo lo marcó Héctor Castro, el Divino Manco, quien había perdido su antebrazo derecho con una sierra circular cuando tenía trece años.

Para 1934, Italia contó con un gran refuerzo de principio a fin. Días antes del comienzo del torneo, Mussolini se reunió con el entrenador italiano, Vittorio Pozzo, para advertirle: “Usted es el único responsable del éxito, pero que Dios lo ayude si llega a fracasar”. *Il Duce*, cual DT en el vestuario, también apretó a los jugadores. Un árbitro belga y uno suizo hicieron la tarea para que Italia eliminara a España en cuartos de final: el primer juego terminó 1-1 y fueron a prórroga para confirmar el empate, y como no existía la definición por penaltis, se programó otro partido para el día siguiente. Ganó Italia 1-0, con Mussolini vigilando en la tribuna. Siete españoles, molidos a patadas en la “Batalla de Florencia”, no pudieron jugar el segundo partido. En los dos juegos le anularon tres goles a España y se vio a los jueces de línea presionando al juez para validar un gol *azzurro*. El arquero ibérico, el Divino Zamora, terminó con las costillas quebradas. Los italianos celebraron el triunfo con el saludo fascista en la mitad del campo y los españoles hicieron lo mismo señalando al juez suizo, a quien su federación le quitó el silbato de por vida.

Italia ganó el título luego de vencer 2-1 a Checoslovaquia ante 55 000 espectadores y Mussolini en el estadio del Partido Nacional. El árbitro sueco, obediente, hizo el saludo fascista antes de iniciar el juego. Todo estaba dicho. Italia empató a falta de 9 minutos para el final que proponía Mussolini y ganó con gol en la prórroga. Aunque parezca increíble, a Italia la reforzaron jugadores de San Lorenzo, Gimnasia, Estudiantes e Independiente. Pozzo, periodista, dirigió a Italia con imaginación: rescató un rudo mediocampista de las tabernas, puso a convivir durante dos meses a dos delanteros que se odiaban y al final formaron una dupla clave, y trajo del retiro a un arquero con lesión crónica que se coronó con la banda de capitán, honor que comparte con Zoff, Casillas y Lloris. En el equipo italiano

formó el ítalo-argentino Monti, que había perdido la final con la camiseta argentina cuatro años antes. Una frase muestra su oportunismo con la palabra y la pelota: “En 1930, en Uruguay, me querían matar si ganaba, y en Italia, cuatro años más tarde, si perdía”.

En Francia 38 no había un lindo clima deportivo. Austria, que había clasificado, fue anexionada por Alemania y perdió su cupo por K.O. Italia, silbada en todos los estadios, jugó con uniforme completamente negro su partido de cuartos contra el anfitrión. Fue campeón ganando todos los juegos. “Vencer o morir”, decía el telegrama de Mussolini al técnico italiano antes de la final con Hungría. Fue triunfo 4-2 para Italia, y el arquero húngaro fue elocuente al llegar a Budapest: “Nunca en mi vida me sentí tan feliz por haber perdido. Con los cuatro goles que me hicieron, salvé la vida a once seres humanos”. En casa esperaban 8000 liras para cada jugador italiano. Mussolini acababa de inaugurar el “plata o plomo”.

La final de 1950 es el terror de la memoria brasilera. La sal inició con la portada de *O Mundo* del 16 de julio: “Aquí están los campeones del mundo”, bajo una foto de la selección. En el camerino, el capitán uruguayo, el Negro Obdulio Varela, les dijo a sus compañeros: “Pisen y orinen sobre la prensa”. El alcalde de Río hizo lo suyo y en el discurso previo renovó la mufa: “Ustedes no tienen rival en todo el hemisferio y ya les saludo como campeones”. Los anfitriones habían goleado a España 6-1 y a Suecia 7-1. Era asunto de trámite.

Un triangular definía al campeón y Brasil levantaría la copa con el sencillo empate. El gol de Brasil, al minuto 47, confirmaba el favoritismo. Uruguay se mantuvo atrás, esperando el impulso brasilero bajo los gritos de 173 850 aficionados. A los 66 empató Alberto Schiaffino, uno de los mejores de la historia de Uruguay, y a los 79 lo sentenció Alcides Ghiggia por el palo de Moacir Barbosa, cuando Brasil seguía buscando un triunfo para no ser campeón con la deshonra de un empate. A los 91 terminó el juego y vino el llanto. El museo de fútbol de São Paulo tiene una sala dedicada al Maracanazo. “Tenemos más libros hablando de la derrota en el Mundial de 1950 que de las conquistas en los Mundiales de 1958, 1962 y 1994”, dice el bibliotecario.

El arquero Barbosa nunca logró sobreponerse. De ídolo pasó a ser el hombre más odiado del país. Si bien continuó su carrera hasta 1962, terminó abandonado en una pensión miserable. En los ochenta, al ser remodelado el Maracanã, la nueva administración le regaló

el viejo arco de madera donde había recibido los dos fatales goles uruguayos. Barbosa cortó los postes y con ellos prendió una fogata y preparó una opípara parrillada para convidar a los pocos amigos que le quedaban. Hasta el día de su muerte, el 8 de abril de 2000, repitió incansablemente: “La pena más alta en mi país por cometer un crimen es de treinta años. Hace cincuenta años que yo pago por un delito que no cometí”.

Cuando el Mundial llegó a Suiza por los cincuenta años de la FIFA, Hungría era el gran favorito: sumaba 30 partidos y cuatro años sin perder, y contaba con el poder de József Bozsik, Sándor Kocsis y Ferenc Puskás. Llegaba, además, con la medalla olímpica de Helsinki en el pecho y el honor de haber sido el primer equipo en derrotar a los ingleses en su casa, con un 3-6 en Wembley. Para la final en Berna frente a los alemanes, una encuesta entre cuarenta periodistas dio a Hungría una ligera ventaja de 39-1. En la fase de grupos, los húngaros habían vencido 8-3 a los germanos, jugando con diez hombres durante 30 minutos por la lesión de Puskás, en tiempos en los que no había cambios.

Llovía en Berna y la cancha del Wankdorf Stadium, con capacidad para 62 000 espectadores, era un barrial. Los alemanes estrenaban guayos con taches intercambiables. Llovía y se hablaba de “el tiempo de Fritz Walter”, nombre del entrenador alemán. A las cinco se dio el pitazo inicial y todo comenzó según el libreto del favorito: a los 8 minutos, Hungría ganaba 2-0 con goles de Puskás y Czibor. Pero Alemania reaccionó muy rápido y antes de los 20 minutos había empatado el juego, con goles de Max Morlock y su figura Helmut Rahn. En el segundo tiempo Hungría tuvo al menos seis opciones claras de gol, salvadas en la raya, tiros en los palos, atajadas increíbles del arquero Toni Turek. A 6 minutos del final, un remate bajo de Rahn batió al arquero. Celebraba el único periodista que había dado a Alemania campeona. Puskás anotó el empate que el árbitro inglés anuló por fuera de juego.

Se había hecho “el milagro de Berna”. Alemania era campeona por primera vez en su historia. Las culpas y humillaciones después de la guerra tenían un pequeño antídoto: “De repente, Alemania volvía a ser alguien. Para cualquiera que creciese en los terribles años de posguerra, Berna resultaba una inspiración increíble. Todo un país recuperó la autoestima”, diría años después Franz Beckenbauer.

Hungría perdía su invicto y un reinado que merecía. Queda el llanto de los “magiares mágicos” en la voz del delantero Zoltán Czibor: “Nunca ha habido otro equipo como el nuestro. No sólo ganábamos, sino que derrotábamos con claridad a equipos realmente potentes. Las estadísticas no mienten. Solo perdimos una vez en 50 partidos. Por desgracia, fue en el partido más importante de nuestra vida. Es una tragedia”. Los 30 partidos del invicto fueron una marca vigente hasta que la Argentina de Diego Simeone, Fernando Redondo y Gabriel Batistuta sumó 31 encuentros entre la final de Italia 90 y la derrota por 2-1 ante Colombia en Barranquilla, en 1993.

La BBC convirtió el Mundial de 1966 en un espectáculo mundial. La televisión era ya el gran estadio orbital, sin importar que los costos de producción y el despliegue logístico que implicaba llevar el juego en tiempo real a los hogares de cada rincón del planeta no se compadecieran con el retorno obtenido. Cuatrocientos millones de personas siguieron la final por TV. Los jugadores, que hasta entonces podían ir de vacaciones tranquilamente a cualquier país, pasaron a convertirse en ídolos universales.

Inglaterra salió campeón con honores y una mancha. En la final frente a Alemania hubo sombras. Un remate de Geoff Hurst a picabarra dejó todas las dudas. La pelota levantó cal pero la terna lo validó como gol. Corría el minuto 101 en la prórroga y el partido se ponía 3-2. El línea azerbaiyano Tofiq Bakhranov, a quien el árbitro suizo Gottfried Dienst vino a consultarle, dio el sí con vehemencia. Reclamos, gritos, llantos... Apelación a los infiernos. En el minuto 120 llegó el 4-2 para cubrir un poco el truco. Inglaterra se convertía en el tercer anfitrión en quedarse con el título.

Bakhranov murió en 1993. En el estadio de Bakú, capital de Azerbaiyán, una estatua suya cuida la entrada. Tiene el aire de la gesta soviética y parece señalar un penal. Dicen que luchó dos veces contra los alemanes, una en Stalingrado, en la Segunda Guerra Mundial, y la otra en Wembley, en 1966. Veinte años después llegaría el karma para los ingleses en el Estadio Azteca, de la mano de Maradona.

Así se leen las finales, que parecen tan nimias cuando nos sentamos frente a la pantalla. Son capítulos que sólo se graban cada cuatro años. Un largo proceso de producción para que ruede la última bola.

# ¡Jairzinho y su bailao en México 70!

## Las fantasías del puntero derecho en la historia del fútbol

Gonzalo Medina Pérez<sup>\*</sup>

*Querida imaginación, lo que amo sobre todo de ti es que no perdonas*

André Breton

El periodista deportivo João Saldanha, quien como director técnico llevó a la selección de Brasil al Mundial de México 70 y militaba en el Partido Comunista y no aceptaba jugadores recomendados por el presidente Emílio Garrastazu Médici, fue sacado del cargo tres meses antes del torneo porque, entre otras razones, dijo que Pelé era miope y no podía jugar de noche. A Saldanha lo despidieron porque también se atrevió a darles “excesiva libertad táctica a los jugadores” y no tenía una organización táctica de la selección, además no le aceptó al dictador gobernante incluir un recomendado suyo en la nómina.

El 3 de junio de 1970, cuando Brasil debutó en el Mundial goleando a Checoslovaquia, el presunto exceso de libertad táctica de los jugadores no era otra cosa que la puesta en escena del talento y la sincronía de diez jugadores con memoria de 10, el número reservado en exclusiva a *O Rei Pelé*, con todo y su miopía. Y hablo de diez

---

\* Periodista, politólogo y doctor en Literatura convencido de que, de todas las cosas menos importantes, el fútbol es la más importante. Autor de columnas, ensayos y reportajes publicados en distintos medios, como también de libros y de antologías literarias y musicales en torno al fútbol. Siempre con Andrés Escobar en la memoria.

jugadores, y no de once, porque algunas salidas en falso del arquero Félix me recordaban al técnico argentino Pancho Villegas hablándole a su portero colombiano: “Te acepto que no podás parar los balones que van para adentro, pero lo que no te acepto es que me metás adentro los balones que van para afuera”. Habrían de pasar varias décadas para que Brasil formara arqueros de exportación.

João Saldanha le entregó a su reemplazo, Mário Lobo Zagallo —campeón mundial como jugador en 1958 y 1962—, más que una selección, un grupo de amigos talentosos, solidarios y humildes pero convencidos de hacer posible lo imposible, luego del fiasco de Inglaterra 66, cuando el *scratch team* —léase ‘equipo improvisado’— fue eliminado en primera vuelta. En esa selección debutó un puntero derecho con la nada fácil misión de ocupar el puesto que dejó Manoel dos Santos, Garrincha, para ese momento en una retirada tan triste, por su decadencia y el manejo de su vida privada, que llegó en 1968 a jugar en Colombia un solo partido con la camiseta del Junior de Barranquilla.

Jair Ventura Filho, conocido como Jairzinho, nacido en 1944 en Río de Janeiro y jugador del Botafogo, era la carta que se jugaba Zagallo en la punta derecha, algo meramente formal porque se trataba de un delantero que se movía con libertad y propiedad en el mediocampo y en la delantera, al igual que los laterales Carlos Alberto Torres y Everaldo Marques da Silva; los volantes Clodoaldo Tavares de Santana, Gerson de Oliveira Nunes y Roberto Rivelino; y los delanteros Edson Arantes do Nascimento, Eduardo Gonçalves de Andrade —Tostão— y Paulo César Lima. Este último fue jugador del Atlético Junior de Barranquilla con 17 años, en 1966, aprovechando que su padre adoptivo Marinho Rodrigues de Oliveira era el director técnico.

## Una saga extraña y deliciosa

El fútbol de gambeta eficaz de Jairzinho me transporta de nuevo al mundo curioso y apasionante de los aleros derechos en el fútbol mundial, pero en especial en Suramérica: Garrincha en Brasil, Omar Orestes Corbatta y René Orlando Houseman en Argentina, el alemán Reinhard Libuda y Stanley Matthews en Inglaterra. Sus comunes denominadores eran la habilidad, el regate, el desborde, el desparpajo

al enfrentar al rival y la capacidad goleadora. El dinero y los bienes que consiguieron se los gastaron —en general— en licor y mujeres, con amigos, y regalándolo a quien lo necesitara. Houseman, por ejemplo, me dijo en Buenos Aires —mientras me ofrecía una bolsa de enlatados—: “Lo que conseguí con el fútbol me lo bebí y no me arrepiento”.

Similar respuesta le escuché a Corbatta en un boliche, sucio y sin dientes y tomando vino con un grupo de amigos en Villa Fiorito, el barrio de Maradona. Y para que no piensen que este perfil del puntero derecho se agota en nuestra región, recordemos a Reinhard Stan Libuda, cuya única evidencia de ser alemán era su cabellera rubia, porque su figura desgarrada, sus medias caídas y el movimiento y regate de sus piernas lo delataban como suramericano. El *Stan* le vino por herencia del inglés Stanley Matthews, puntero derecho hasta los cincuenta años de edad, primer ganador del Balón de Oro en 1956 y famoso por su velocidad y amague.

Su final en la pobreza y su estela de brillante alero derecho —unidos al cáncer de garganta que sufría— le merecieron el apodo de Garrincha alemán. Libuda perdió su pequeña venta de tabacos y, para medio sobrevivir, tuvo que vender su mayor tesoro futbolístico: la medalla de bronce que recibió de la FIFA en México 70 por el tercer lugar de Alemania. El mayor homenaje a Libuda lo hizo un hinchas del Schalke-04 —uno de sus equipos junto con el Borussia Dortmund— cuando a la frase “Nadie puede regatear a Dios”, agregó: “Salvo Stan Libuda”.

15

## Poesía pura de Jairzinho y su banda

La selección brasileña enfrentó a Checoslovaquia en el Estadio Jalisco, en Guadalajara. A pesar de que comenzó perdiendo con gol de Petras, la *canarinha* se impuso 4-1, con dos goles de Jairzinho. En el primero, el alero derecho, que se movía como un 10, arrancó de mitad de cancha, eludió a varios jugadores y remató potente, sin chance para el arquero Ivo Viktor. Y a este mismo, Jairzinho le hace un elegante sombrero para meter el balón en la portería, luego de recibir el pase largo magistral de Gerson. Y como si no bastara, fue Pelé el único que observó a Viktor fuera de los tres palos y desde su propia cancha lo sorprendió lanzando tremendo disparo. Viktor

apenas pudo mirar atrás, mientras le pedía al secretario de su Partido Comunista que esa pelota pasara por encima. Viktor fue escuchado.

El 7 de junio, Brasil e Inglaterra jugaron en el mismo Estadio Jalisco uno de los mejores partidos del Mundial, no solo por el fútbol impredecible de la auriverde sino por el orden y la técnica de los ingleses. Bobby Moore —el defensa centro que semanas atrás estuvo detenido en Bogotá, acusado del presunto robo de un brazalete— y Bobby Charlton, volante zurdo cercano a los cuarenta años, eran los máximos portadores de la elegancia y eficacia del combinado que cuatro años atrás, en su propio estadio de Wembley, ganó el Mundial frente a Alemania.

El duelo entre Gordon Banks —arquero de Inglaterra— y Pelé llegó a su máxima expresión cuando el delantero brasileño se elevó por encima de su marcador y cabeceó el balón para que rebotara y sorprendiera a Banks, pero este, en un movimiento de reflejo gatuno, se lanzó con habilidad inimaginada y, alcanzó a sacar la pelota al costado. Y cuando se pensaba en el 0-0 final, Tostão —llamado así por su baja estatura— entró al área inglesa y, con su zurda de lo impensado, eludió a dos rivales y se la entregó a Pelé, quien, con serena velocidad, se la sirvió a Jairzinho, que entraba por la derecha y con un riflazo rompió el equilibrio y la hasta entonces invencibilidad de Banks. 1-0, resultado final.

Brasil cerró su ronda de grupo enfrentando en el Jalisco, el 10 de junio, a Rumania —otro de los países de la entonces famosa Cortina de Hierro— y con un delantero de corte suramericano: Florea Dumitrache, autor de uno de los dos goles rumanos. Jairzinho aprovechó otro de los reiterados pases de genios como Gerson o Rivelino, le ganó en velocidad a su marcador y con derechazo duro y certero la metió al arco de los rumanos, quienes perdieron 3-2.

El 14 de junio, en el mismo estadio, Brasil enfrentó en cuartos de final a otra selección suramericana, con un brasileño como técnico, otrora jugador exquisito con la *verde-amarela*: Waldir Pereira, Didí. Dirigía un grupo de futbolistas peruanos habilidosos que se dieron el lujo de eliminar a Argentina: Ramón Miffli, Roberto Chale, Osvaldo Cachito Ramírez, Alberto Gallardo, Teófilo Cubillas, Julio Baylon y un zaguero de calidad, solvencia técnica y liderazgo como Héctor Chumpitaz. Ese duelo entre el maestro y el alumno aventajado, que hizo historia en México 70, lo ganó el primero 4-2. Jairzinho anotó

el cuarto en una jugada en la que se tomó la licencia de eludir al arquero Luis Rubiños —el único “tronco” de la nómina peruana— y empujar el balón al arco.

El 17 de junio, una vez más en el Jalisco, Brasil disputó la semi-final enfrentando a Uruguay, selección armada, por tradición, más a base de fuerza y entrega que de técnica: Roberto Matosas, Julio Montero Castillo, Pablo Forlán, Luis Ubiña y Juan Martín Mujica —entre otros— eran los exponentes de la “garra charrúa”. La técnica en la parte de atrás estaba a cargo del central Atilio Anchetta. Adelante sobresalía como puntero derecho Luis Cubilla, quien aprovechó su velocidad y puso a ganar a su selección.

Cuando Clodoaldo había empatado el partido, Jairzinho aprovechó, una vez más, un pase largo de Tostão, y remató fuerte para meter la pelota en el arco de Ladislao Mazurkiewicz. Pero tal vez peor que recibir este gol imparable, fue el ridículo que Pelé le hizo pasar al portero uruguayo cuando ante un pase profundo —otra vez de Tostão—, Mazurkiewicz salió del área a enfrentar a *O Rei*, y este, sin tocar el balón, siguió derecho y lo puso a cazar mariposas. Con el arco solo, Pelé tomó la pelota y, de espaldas, pateó buscando el gol, pero por centímetros el balón salió por un lado. Con un 3-1 favorable, Brasil llegaba a la final contra Italia en el Estadio Azteca de Ciudad de México.

El primer gol de ese partido lo anotó Pelé a los 18 minutos, con un soberbio cabezazo, elevándose sobre su marcador, pero, a los 37, el italiano Roberto Boninsegna anotó el gol del empate. En el segundo tiempo, otra vez fue Jair Ventura Filho quien puso a ganar Brasil, a los 71, gracias a un pase largo de Gerson a Pelé, quien, con la elegancia y calma de siempre, se la sirvió a Jairzinho y este clavó con potencia la pelota en la portería de Albertosi. Pero faltaba la cereza del pastel, a cargo del capitán y lateral derecho Carlos Alberto Torres, quien a los 86 minutos se proyectó sobre el lado derecho y, de tremendo zapatazo, selló el triunfo 4-1 y el título de campeón para, quizás, la mejor selección de fútbol que ha disfrutado la humanidad a lo largo de su historia.

Jairzinho jugó el Mundial de Alemania 74 y anotó dos goles, pero su momento brillante de cuatro años atrás era irrepetible. En ese periodo de descenso inevitable en su rendimiento, salvo honrosas excepciones, el alero derecho mentiroso pasó por Olympique

de Marsella, Cruzeiro de Brasil, Portuguesa de Venezuela y Jorge Wilstermann de Bolivia, y con los tres últimos fue campeón. Pero tal vez su mayor satisfacción, luego de retirarse del fútbol en 1984 con el A. D. Nueve de Octubre, de Ecuador, fue haber comprado la escuela de fútbol que permitió descubrir a uno de los mejores futbolistas brasileños y del mundo de los últimos treinta años: Ronaldo Nazário de Lima. Sin embargo, allá en sus adentros, Jair Ventura Filho repasa en segundos su desfile brillante por el Mundial de México 70 y se dice: “¡A mí, que me quiten lo jugao!”.



*Rey Pelé.* Giclée sobre papel algodón. 50 x 50 cm

# Un oficio contra la ingratitud

Andrés Esteban Acosta\*

*A Andrés David, arquero*

De todas las posiciones del fútbol, la ingratitud se ciñe con especial fijación contra el arquero. Convocado para una tarea de “salvador”, a la espera de poner todo su cuerpo como garantía última en el instante justo, en el momento del juego que es la frontera entre el vencimiento y el triunfo, entre la humillación y el honor, el arquero debe custodiar además su honra.

7,32 metros de ancho por 2,44 metros de alto es el tamaño de un arco de fútbol. Desde la raya, la perspectiva agranda el deber: la sombra de los postes contra el césped parece más grande que la cancha sobre la que se depositan las miradas expectantes, con su máxima atención, durante el juego. El arquero ve el mundo gigante, pero más inmenso es su arco. Los postes de madera antiguos o los actuales postes metálicos cilíndricos enmarcan su soledad de guardián último, el paredón en el que la heroicidad es frágil y fugaz.

De un lado de la memoria están quienes llegaron a una pelota difícil, evitando los goles en contra con atajadas que son postales fundacionales de los mitos futboleros: Gordon Banks atajando un cabezazo potente de Pelé en México 70, Ubaldo Fillol volando para despejar un tiro a quemarropa de Rob Rensenbrink en Argentina 78, Gianluigi Buffon totalmente extendido en las alturas tras un cabezazo

---

\* Estudió Filosofía. Es profesor de la Universidad de Antioquia. Rescata ratos para escribir. Olvidó el fútbol para reencontrarlo, ya adulto, semejante al juego de la infancia. Su padre fue arquero del equipo de Agronomía de la Universidad Nacional de Colombia (Medellín). Su ídolo fue Pablo Aimar, por quien madrugó para ver el Mundial Corea-Japón 2002.

de Zidane en Alemania 2006 o Iker Casillas estirando *in extremis* su pierna derecha para salvar un mano a mano contra Robben en Sudáfrica 2010.

Del otro lado, grandes también, bajo la misma soledad del 7,32 por 2,44, con el mismo sueño de hacerse memoria de sus pueblos, de ser coreados por el fervor de sus hinchadas y de ser invocados por la memoria de las nuevas generaciones, están los condenados del arco y del afecto popular. Por supuesto, Moacir Barbosa, enviado al destierro donde están quienes cayeron al pie de la heroicidad, reducido a la postal del remate del uruguayo Alcides Ghiggia ante la mirada del público abatido del Maracanã durante la final de Brasil 50. La imagen es la de Barbosa estirado contra el palo izquierdo, el suyo, mientras la pelota rastrea roza su cuerpo y se guarda en la red para quitarle el título a Brasil y dárselo a los uruguayos. Barbosa, ya de pie, notoriamente compungido, escuchó un silencio atroz que lo acompañaría por el resto de su vida.

En la final de Chile 62, Viliam Schrojf, la figura checoslovaca que usaba boina para contener los efectos del sol directo, soltó una pelota fácil lanzada por Djalma Santos desde el costado derecho del campo. Su mal cálculo y la pelota en caída desde el cielo cálido de Santiago le dieron a Vavá la oportunidad de quedar solo contra el arco y marcar así el 3-1 definitivo para Brasil. En el suelo, Schrojf, incrédulo, enfrentó el peso de su desconcierto ante la seguridad de una final perdida.

Sin ninguna duda, para el 2002 Oliver Kahn era el mejor arquero del mundo. De mirada retadora y gestos imperiosos, gozaba de una técnica ruda que infundía respeto y temor en el área chica. Pero en la final de Corea-Japón 2002, el mejor defendiendo los tres palos se equivocó frente al mejor delantero del momento, y tras un remate más estético que peligroso de Rivaldo, Kahn soltó el balón y a gatas fue a perseguirlo infructuosamente ante la velocidad de Ronaldo. Fue el 1-0 que abrió el camino para el quinto título del mundo de Brasil. Contra uno de los postes, Kanh, sin sus guantes, solitario, permaneció vencido en una frustración incurable.

Sin tanta relevancia como los errores en finales, con menos trascendencia para el orden general del fútbol, está nuestro gran dolor en los Mundiales. Colombia del 90 era una selección más que correcta: con buen trato a la pelota, uniforme llamativo, futbolistas

que no parecían futbolistas y el agregado siempre efectivo de selección emergente con una historia por construir. A los Valderrama, Higuita, Perea, Escobar, Álvarez, Rincón y Redín les debemos la ilusión de concebir el juego colectivo, en ocasiones excesivo en el pase, como único método decente para ganar. Contra Alemania, un 19 de junio, tuvimos el mejor ejemplo de este modo de concebir el fútbol: recuperación de Leonel Álvarez, salida limpia con el Bendito Fajardo, pase vertical para el Pibe Valderrama, pared con Rincón interrumpida por un toque de Fajardo que, si bien desacomodó a Valderrama, no impidió el cálculo entre líneas del 10 para dejar mano a mano a Rincón, quien entendió a la perfección que sólo había una manera de cerrar la jugada con altura, así que le dio un pase a la red entre las piernas del arquero rival Illgner. 1-1 contra Alemania y pasaje a octavos de final.

René Higuita fue el arquero de esa selección. Líbero, hábil con los pies y, sobre todo, díscolo, muy lejos de la media en su posición. El mejor del continente en ese momento, además, dotado de esa capacidad de inventiva que hacía que su oficio fuera semejante al del 10 o al del delantero. Ídolo con el Atlético Nacional, campeón de Copa Libertadores en el 89, incansable atajador de penales en la final contra Olimpia. Su juego vistoso rozaba la irresponsabilidad absoluta: al arquero se le pide que defienda a su equipo con las manos, no que abandone su posición para dejar rivales en el camino e introducirse en campo contrario. Pero a los distintos se les permite que redefinan las funciones de su tarea, es más, se les exige que en cada partido recreen al público, como en un espectáculo que debe finalizar con la gente de pie y aplaudiendo.

El ídolo díscolo jugó el Mundial de Italia 90 como sabía hacerlo, de la misma manera que jugó la final Intercontinental contra el Milán, gambeteando a Massaro y Van Basten; como jugó el repechaje contra Israel, haciendo jueguitos cuando los centrales le devolvían la pelota. Cómo más iba a jugar un partido Higuita, una fase decisiva del Mundial contra Camerún, sino enfrentando a los delanteros cara a cara, pisándoles el balón y habitando lejos de la sombra de los tres palos.

Barbosa, Schroff y Kahn se equivocaron en el cumplimiento de sus funciones. Higuita, no. Él estaba lejos de su área, bastante lejos. Perea le devolvió una pelota comprometida e Higuita hizo el gesto técnico propio de un volante de buen trato, un diez que hala la pelota,

la esconde y engaña al rival para salir con un pase entre líneas. Lo logró todo menos lo último, Roger Milla alcanzó a puntearle el balón y quedó con el arco a disposición para sentenciar el juego. La corrida desesperada de Higuita sólo sirvió para vender cara la derrota. Con la mirada al frente, conoció el otro lado de la locura, el juicio duro que transforma el elogio en reproche.

El arco censura a quienes se equivocan. Las opiniones que llegan en murmullos de las gradas hasta el campo son un sometimiento a las otras leyes del fútbol, las del triunfo y la derrota. ¿Cómo resarcirse? ¿Cómo lograr el perdón? Higuita nunca volvió a una Copa del Mundo. Su redención con el buzo de la selección llegó años después, en Wembley, inmortalizando el escorpión como acto rebelde por excelencia. Para el juego, maniobra innecesaria para rechazar un balón que fácilmente pudo encajar en sus manos; para la gloria, la renuncia a las buenas maneras, el rechazo de los esquemas y la preferencia del relato por sobre el hecho. Lo realmente relevante en este acto de redención fue la elevación del vencido a historia, la locura como antídoto contra el orden soso del juego.

El arquero es el jugador que menos corre, que menos toca el balón, que menos sale en cámara, que —salvo en contadas excepciones— menos entiende con el balón en los pies. Permanece olvidado hasta que el acecho rival llega a sus dominios. Ahí, en ese momento supremo, no puede fallar, porque la ingratitud espera la mínima oportunidad para cargarse su nombre. El abismo lo espera: los señalamientos, los silbidos y los improperios. Debe tener templanza, mucha templanza y todos los reflejos puestos a la espera del balón que amenaza el porvenir de su oficio, su recuerdo y, quizá, su gloria.

# No hay que jugar para ganar, sino para que no te olviden: Brasil-Italia, 1982

Daniel Gómez Zapata\*

Cada cuatro años enfrento la misma contradicción: por un lado, afirmar que el fútbol cada vez me importa y me gusta menos; por otro lado, terminar viendo gran parte del Mundial. Aunque, para ser sincero, ya empecé a vivirla: vi la debacle italiana con cierta satisfacción y le hice fuerza a Jamaica pensando en la pasión de Bob Marley por el balompié.

Si bien es manifiesto que dicho juego no logra entusiasmarme como antes, pues se parece más a una industria que a un deporte, no sé hasta qué punto sea por su transformación o una consecuencia de la edad. Esta última opción tiene todas las de ganar, pues al negarme a la paternidad, la evidencia de los años vividos se liga con el fútbol: el tiempo se revela en el retiro de los jugadores que eran coetáneos —por ende, implica caer en la cuenta de que ya no se es una joven promesa— o en la repetición de la afirmación sentenciosa de que *el fútbol de mi época era mejor y los jugadores actuales no le hacen sombra a aquellos que vi jugar*.

Lo cierto es que para este Mundial no encuentro un jugador o una selección que me motive por algo particular. Más allá del obvio deseo de que Colombia haga un digno papel (mi generación, la que creció con figuras como Chitiva, el Tigre Castillo o Pachequito no

---

\* Politólogo y magíster en Historia de la Universidad de Antioquia. Docente universitario e hincha del Envigado F.C. En sus momentos de ocio ejerce la creación, como volante o en la escritura.

podría pedir más que clasificar), me conformo con las usuales pasiones interiorizadas: mi irrenunciable apoyo a los equipos sudamericanos —que crece entre menos vecino sea el país— y mi inveterado rechazo al fútbol europeo.

Preguntándome por mi inconformidad con el llamado deporte rey, todos los caminos conducen a un lugar de la memoria, un partido al que vuelvo continuamente, pues representa el ejemplo por antonomasia de la falta de justicia poética: Brasil-Italia en España 82. Este encuentro ha prefigurado mi relación particular con el fútbol desde lo estético, lo cultural y lo político, pues pese a que no lo vi *lo he vivido*, o padecido, recordándolo mejor que cualquier otro.

En términos estéticos, concibo el fútbol como una forma de arte en la que la victoria debería ser una consecuencia de la belleza. De ello fue de lo que me enamoré desde pequeño: la fascinación inherente a un tiro libre ejecutado con maestría, una triangulación sincronizada, la estirada de un arquero o un túnel; la gracia propia del fútbol bien jugado —que siente tanto quien lo practica como quien lo ve—, el disfrute del talento, de la técnica, del regate; aquello que se vivía durante los fines de semana en las calles o las mangas, los espacios de libertad en los descansos del colegio; la belleza en la que se pensaba durante el resto de la jornada al recordar un gol de taco o el extraño orgullo de perder con un equipo que se sabía superior en talento.

Aun cuando crecí con los goles de chilena de Rivaldo, las pisadas de Riquelme y los regates del que para mí es el único Ronaldo (pues, como decía Marx, la segunda repetición de la historia es una farsa), luego me fui aficionando a los tiros libres de Zico, los tacos de Sócrates y las definiciones de Éder.

Eso representa para mí Brasil de 1982, un gusto adquirido por la aristocracia del fútbol que construí a través de VHS piratas con los goles y las jugadas del Mundial, las enciclopedias de fútbol que venían todos los domingos en *El Colombiano* y los efusivos relatos de mi padre, por lo demás siempre circunspecto. Una aristocracia que estaba más allá del triunfo, no recordada por ganar, sino por ser superior y demostrarlo estéticamente, pues, como declaró Sócrates después del infausto partido, “¿Perdimos? Mala suerte y peor para el fútbol”.

Lo que no pude dimensionar a tiempo es que dicha predilección sería un presagio de mi desafortunada relación con el triunfo: mi

sino es ser aficionado de equipos que juegan bien pero nunca ganan. Así, en mi diccionario futbolístico *estética* y *victoria* empezaron a convertirse en antónimos: he sufrido al ver ganar a la Italia del 82, al Real Madrid de las últimas dos décadas o al Milán de los primeros años 2000, que se convirtieron para mí en sinónimos de antifútbol.

Ese aspecto estético del goce está íntimamente relacionado con una perspectiva cultural del fútbol. Como latinoamericano, creo que el talento se goza desde el derroche disfrutándolo, incluso, teniendo todo en contra, sobre todo a pesar de uno mismo. La apología del talento desperdiciado es una contestación al predominio del rendimiento: el fútbol es parte de la vida, a la que también pertenecen el baile, la noche, la fiesta, la política. Sócrates, famoso por su legendaria pereza física, al preguntársele cómo hacía para compaginar sus estudios de Medicina con su carrera futbolística, afirmaba con desparpajo: “Ese es mi secreto, ni estudio, ni entreno”.

Esa selección a la que perteneció era una expresión de la cultura del derroche y el disfrute, del placer de jugar al fútbol como una manifestación de ser latinoamericano, de hacer de la necesidad una virtud; la indisciplina táctica, la improvisación, el genio: porque el fútbol se trata de hacer más goles y de atacar todo el partido (por eso me complace la indignación de los brasileños con Ancelotti por afirmar que el Mundial lo gana quien encaja menos goles, no quien marca más). Esa Brasil, que le bastaba con un empate para clasificar, jugó a ganar y perdió por no renunciar a atacar.

En último lugar, mencionaré la dimensión política. En el mundo actual es difícil ser de izquierda y disfrutar del fútbol; no, mi estimado Pasolini, en el balompié contemporáneo no hay nada de sagrado: la estandarización que conlleva la globalización del deporte ha acabado con los poetas. En la actualidad se impone el guion, una misma prosa: la mayoría de los equipos son empresas multinacionales bajo el signo de los resultados y los jugadores no tienen más criterio que el de golpear un balón.

En mi caso, la pasión por la política llegó después del gusto estético por el fútbol; ello consolidó mi afecto por el Brasil de 1982, y especialmente por un personaje como Sócrates. En la mezquindad del deporte actual, sería inimaginable un futbolista que al llegar a la Fiorentina declarase: “Yo he venido a Italia para leer a Gramsci en su lengua y estudiar la historia del movimiento obrero”.

Y es por todo ello que aún no logro entender cómo esa Italia, la del *catenaccio* a ultranza, pudo ganarle a esa Brasil. Lo peor del caso: el héroe del partido, con tres goles, fue Paolo Rossi, protagonista del caso *totonero*, quien jugó el Mundial porque le rebajaron su sentencia por amañar partidos para las apuestas ilegales.

Alguien podría objetar, en defensa del balompié, que se hizo justicia poética en 1994. ¿Esta consistió en expiar esa culpa con el penalti fallado por Roberto Baggio, lleno de calidad, uno de los últimos exponentes del fútbol poesía? ¿Es justicia que la Copa Mundial que se le negó al fútbol arte le fuese adjudicada a esa Brasil mediocre y táctica, cuyo mayor mérito era defenderse?

Confieso que mi mayor desasosiego es que, posiblemente, mi incompreensión del fútbol me haya cegado respecto al hecho de que parece ser que es la ironía y no la justicia poética el eje de su historia: la cereza en el pastel sería que Brasil, con Ancelotti como apóstol de la eficiencia por encima del buen juego, ganara el Mundial jugando al contragolpe. Temo que lo veo venir.

Tal vez el problema que me impide disfrutar del fútbol como cualquier buen cristiano sea esperar dicha justicia poética, pidiéndole algo que no está en su naturaleza. O debería apreciar esa incertidumbre, esa posibilidad siempre abierta de un resultado indeterminado. Igual, no puedo dejar de hacerlo.

Por ello, cuando suene el pitazo inicial tendré una nostalgia renovada: primero, por la certeza de que en esta ocasión no habrá justicia poética para Sócrates y su equipo; segundo, porque con treinta y cinco años le digo adiós al sueño de jugar un Mundial. Como siempre, me consolaré con unos versos de Pasolini, que repetiré mientras veo cada partido, esperando el día de la justicia para el fútbol arte, que ya no llegará por mi pierna derecha:

*El fútbol es poesía,  
y sus poetas nacen en el barrio.  
El fútbol se escribe con los pies,  
se piensa con el cerebro,  
y se juega con el corazón.*



*Doctor Sócrates.* Giclée sobre papel algodón. 50 x 50 cm

# Treno por dos

Camilo Suárez R.\*

*pasan como bólidos  
con las caras deshechas por el sudor  
en sentido contrario al de los autos  
que lentamente toman la rotonda  
pateando basura —piedras—  
manotazos al aire  
escupiendo el alto cielo  
los pechos descamisados  
como si no les entraran balas*

Elvira Hernández

La cuadra albergaría dos campos de juego, pero el nuestro se armaba hacia el sur, centrado en la calle, entre las dos bandas de la carrera 82, con antejardines que se intercalaban interrumpidos por tres rampas de garaje y un lote baldío. Sobre las porterías se erguían los postes del alumbrado público con sus chorros de luz blanca que alargaban la jornada más allá de los permisos. Medíamos entre cuatro y seis pisadas para separar las dos preciosas piedras que proyectaban hacia arriba una longitud discutible hasta la cintura del portero, donde el ilusorio larguero completaba el arco. Un pie tras otro: pico, monto, pico, monto... Así comenzaba el picado, para darle al que pisaba el privilegio de elegir jugador. “Ahora busquemos arquero”, era el murmullo presto. Este corre, aquel chuta duro, a ese no le da miedo, este otro defiende, eran las señas de la nómina, pero, también, reaparecían

---

\* Profesor de la Escuela de Artes y Humanidades de la Universidad EAFIT. Su afición por el fútbol le reveló la ciudad, una cortedad de alcance y la redondez del planeta. El primer Mundial que recuerda haber seguido es el de España 82, en el que hizo fuerza por la selección Brasil, el Mecato Aristizábal y Enzo Bearzot.

las intrigas o las rabias del último juego para cifrarse en la confección de los equipos. Los nombres se alternaban, con júbilo y descontento, resignando ambiciones o celebrando algún posible progreso, armando un nuevo episodio en la historia de nuestro mundial de cemento. Sí, nuestra versión de aquel torneo que cada cuatro años reunía a los mejores equipos del planeta y que esperábamos solemnemente para iniciarnos, celebrar y, claro, pontificar. César Luis Menotti, técnico de Argentina, campeón del Mundial del 78, soltaba aporías que rumiábamos con fervor: “Un jugador de fútbol puede llegar a ser un atleta, pero un atleta nunca será un jugador de fútbol”.

Oír como latidos los rebotes del balón o algunas voces orbitantes era suficiente señal convocatoria, asomarse a la ventana y salir rápidamente a la calle hacían parte del calentamiento. La feligresía no siempre alcanzaba y se hacía necesario evangelizar a los apáticos o animar a los quietistas, buscar refuerzos en otras manzanas y recibir en las alineaciones a un par de macancanes que nos permitieran armar grandes partidos, partidazos. Porque esa fue una de las primicias maravillosas de este juego, uno puede verse, repentinamente, en medio de una gran final, protagonizarla, glorificarse. En estas dimensiones, el amague, el toque corto, la pared, el contragolpe sonpreciados y se aprenden repitiendo, intentando, imitando y, también, imaginando, inventando. Sube el nivel, atrás queda la recocha, aparece el público y se decanta el combo. Sí, oí “combo” por primera vez allí. “Tienen combo” era un elogio, como quien dice orquesta, como artistas que se bailan al otro equipo, como Holanda en el 78, como el Brasil del 82. Así crecimos: cuadra, manzana, barrio, ciudad. Radiando, como la señal reveladora que sintonizábamos hasta hacernos omniscientes.

Pero antes, para lograr finura en el picado, estaban las prácticas caseras. En los marcos de las puertas se ejecutaban las pruebas de precisión. Voladoras, palomitas y chilenas se entrenaban en las camas, en el patio el chute y el dominio. Se perreaba con las medias, con bolas de papel, con tapas, con pelotas de diverso origen, aprovechábamos todo aquello que permitiera emular una cancha, una portería, un balón. “Ni un daño más”, advertían los mayores, pero nos dominaba el deseo de encarnar en alguien del equipo soñado, en Zico, por ejemplo, que en la primera fase del Mundial de España voló para un gol de chalaca al que no sobrevivieron mis gafas. Así era el teatro de la imitación, de la búsqueda ferviente por ser uno en el juego. El juego

visto en la calle, en las canchas, en el estadio acaso, en el televisor, oído en transmisiones radiales, leído en crónicas de revistas y periódicos, para, gradualmente, afinar la voz del narrador interior, partícipe y comprometido, que se encargaba de hacer discurso de cada uno de los movimientos exteriores. En rigor, cuando arraigaba, el fútbol era trasfondo vital, y partidos, jugadores, equipos cobraban vida a partir de un gesto o de una mención que hacía patear piedras.

“Para tappar, Fillol, de campo, Sócrates”. “Yo me pido a N’kono en el arco y con Rossi los fulmino”, decía otro. Pfaff y Cueto también hicieron pareja en combinaciones que proclamaban nuestra minuciosa recepción del capítulo mundialista. Así elegíamos el doble papel de quienes se animaran a jugar herradura. En esos mestizajes antológicos, en medio de alardes de erudición y anhelo, los calidosos, de a poco, hacían su nombre propio. Una portería era terreno suficiente para desatar la versión individual de este juego de masas: todos defienden, todos atacan y el que haga gol, tapa. El espectador y el jugador se encuentran, se reconocen en la agonía del tiempo destilado: sufrimos y driblamos, rematamos y gritamos aguantando la sed mientras suena la campana.

La calle se hace pequeña, crecemos, y el juego requiere otras trazas: arenilla, peladero o manga; pide guayos, porterías, petos, malla; reclama un once contra once, con juez en la cancha. Es preciso hacer pruebas de ingreso a equipos que entrenan dos o tres veces por semana para aceptar que el juego se dirige, se estudia y se prepara, que en el balón no te sientas, con las manos no haces jarras, y que los partidos se juegan, casi siempre, durante el fin de semana. Aprendemos acciones y palabras: zaguero, líbero, *stopper*, achicar o agrandar la cancha, quite deslizante, marca, sale, entra, *pressing*, relevo, cambio de frente, calentar, estirar, ganar la espalda. Llega la preparación física y la charla táctica, importa el equipo, los puntos, la tabla.

“Navarrete, hijueputa, vas a corromper a los seminaristas”, le gritan al técnico cuando llegamos a la Marte N.º 1, una plaza mítica en Medellín, rodeada de venteros, apostadores y entusiastas. “Tranquilos, muchachos, los de afuera no juegan, ustedes concentrados, la señora que gritó me tiene confianza”, glosaba el profe. Así se conoce el mundo, de cancha en cancha, la Liga Antioqueña de Fútbol, los torneos y La Chagua: adiós, bella (*Bella, ciao*), nunca Camisa Negra, pero el mundo se despeja, ancho y ajeno, fecha tras fecha, para luego

saber partisano este himno maicero. Aquel entrenador dice otra tarde, en Belén Rincón: “Señores, no hay red en las porterías. Lo que chute Milton al arco, lo cantamos como gol”. Las mañanas del corruptor. Pero el truco suena de antes, él mismo me cambiará cada vez que baje el sol. Lo supe desde pequeño, pegado al televisor. Cuando visité el estadio, poco enfiqué, pero comí chicharrón bogotano y mi padre repuntó: “¿Vino a ver o a comer?”. Miopía magna, supe después. Así fue, aprendí a jugar de oído. Oír es ver, chocar es ser; la música es para los ciegos, ya ves. Fuerte en dominio, rápido en marca, perfilado y atento, así se compensa la poca luz.

La señal de radio llega más rápido que la televisiva, primero el sonido que la imagen, aún hoy. Jugador y espectador son uno al lado del parlante, lo supimos oyendo las tentativas coperas del América de Cali, pasando el trago amargo de los nombres queridos que ese equipo hacía suyos, “Poderoso caballero es don dinero”, para sentarlos en la banca incluso. También leímos en la revista *Estadio* el traspaso millonario de Perea y Leonel del DIM al NAL, de no creer. Sintonizamos el triunfo de Nacional en mayo del 89 y la muerte del árbitro Álvaro Ortega en noviembre. Seguimos cada episodio del hazañoso camino hacia el Mundial de Italia, y, cuatro años después, el delirio que trajo el 5-0. Memorable, también, el titular con el que los franceses notificaron su eliminación a la cita en Estados Unidos después de perder con Bulgaria: “¡Clasificamos a Francia 98!”.

Esos dos, jugador y espectador, deportista y aficionado, feligrés y oficiante atendieron, en la oscuridad playera de unas vacaciones, el sacudón paterno, el dicho: “¡Levántese mijo que mataron a Andrés!”. Al 2, a Wembley, al central de centrales que sonreía en almena y cerraba el área, al barbacobino fino, el de juego completo, éramos con él. En la negra sintonía de aquel amanecer el radio insistía, nos mataron, fue un pistolero, un empleado, un trabajador, como dicen por aquí, de Juan Santiago y Pedro David, hermanos Gallón Henao, comerciantes, caballistas que hacían su apostolado cobrando seguridad.

No vi más. Volveremos al Mundial, mismo país.

# Sombras, nada más

Juan Carlos Orrego\*

El Mundial de 1994 fue tan desastroso para Colombia que, incluso, quienes no lo vivieron se mosquean al recordarlo. Mi hijo menor, futbolero del siglo XXI, nunca lo menciona, a diferencia de lo que sí ocurre con Italia 90 —mi benjamín ha compuesto una rapsodia sobre la camiseta roja del partido contra Alemania— y los Mundiales de España y México, cuyas mascotas se le antojan tan relevantes como los políticos de las enciclopedias. Mi hija mayor, a quien di tetero mientras nos trasnochábamos con los partidos de Corea-Japón 2002, sabe perfectamente quién es Naranjito, pero lo ignora todo sobre el perro Striker, cuyo nombre, de hecho, casi nadie conoce. Yo, particularmente, siempre lo confundo con Pickles, el sabueso que encontré, en un basurero, la copa Jules Rimet que les habían robado a los ingleses.

Si se quiere ser honesto habrá que decir que USA 94 no fue una copa memorable para ningún terrícola: el calor del verano gringo casi calcinó a los jugadores; Diego Maradona, la máxima estrella, fue despedido por la puerta de atrás en cumplimiento de una sentencia de laboratorio clínico; uno de los goleadores —Oleg Salenko, quien, hoy por hoy, es diva del fútbol playa— alcanzó tanta resonancia como Striker; y la final, un lánguido 0-0 cuya jugada más peligrosa fue un error grosero de Gianluca Pagliuca, concursa sin rival para ser la más aburrida de la historia. Como en una obra trágica, el desenlace de ese Mundial corrió por cuenta de un crimen y no de una proeza: un disparo de Roberto Baggio por encima del horizontal (como Meursault en *El extranjero*, el ídolo italiano falló a causa del sol).

---

\* Antropólogo, escritor ocasional y profesor de la Universidad de Antioquia. Nació en el año mundialista de 1974. Tiene un recuerdo muy borroso, en blanco y negro, del Mundial del 78. Estrenó su albedrío hinchando por Brasil en España 82, pero actualmente se arrepiente. Odia a los campeones (como cualquier hincha sensato del DIM).

Aunque parezca increíble, mi Mundial de 1994 fue, todavía, peor de lo que fue para la mayoría de mis congéneres. El primer resplandor equívoco de mi mala estrella se dejó percibir desde el primer momento, esto es, cuando, al morir la tarde del 5 de septiembre de 1993, el árbitro uruguayo Filippi dio por terminada la paliza que les dimos a los argentinos en Buenos Aires. La gente salió a las calles para celebrar la clasificación al Mundial norteamericano, y mi novia y yo, tras ver juntos el partido, quisimos sumarnos al carnaval que había surgido espontáneamente sobre la carrera 45, cerca de su casa. Fuimos, pero regresamos nada más salir: a las primeras de cambio, cuando apenas habíamos tomado media cerveza, sentí un zumbido en las sienes, calor de fiebre y desaliento. Lo que, en la mañana, había sido un tranquilo goteo nasal, había escalado a enfermedad tropical —o lo que fuera— por cuenta de la adrenalina del 5-0. Sin embargo, no supe leer a tiempo esa señal.

Terminó 1993 y se vino, por fin, el año del Mundial. El triunfalismo obsceno de los jugadores y de los aficionados colombianos —al que se sumaba un vaticinio delirante de Pelé, quien creyó vernos campeones en el Rose Bowl— sólo podía sugerir la debacle, pero, aun así, el optimismo patriótico estaba intacto cuando, el 17 de junio de 1994, corrió el balón. Alemania le ganó con lo justo a Bolivia, en un juego pésimo que, con todo y eso, iba a resultar más entretenido que la final entre Italia y Brasil. Colombia debutó al día siguiente en Los Ángeles, en un partido contra Rumania que terminó poco después de la media hora, cuando Gheorghe Hagi, con un balonazo parabólico lanzado desde la izquierda, clavó el 2-0 en nuestra portería. Óscar Córdoba, arquero desigual pero eximio calculista, supo desde el principio que no tenía ningún chance de alcanzar la bola, y supongo que fue por esa razón que se resignó al perezoso gesto de levantar las manos sin estirarlas a todo lo que daban sus resortes corporales; como si, más que la intención de tapar, tuviera la de mostrar rendición ante alguien que le apuntara, en completa coherencia con lo que, en general, habría de ser ese campeonato desangelado. La vergüenza, nacida de tanta fanfarronería puesta en evidencia, pesó más que la simple derrota aritmética, pese a que a esta la agravaba la nueva ocurrencia de la FIFA de adjudicar tres puntos —no dos— al ganador.

Por supuesto, el mucho lodo que salió del barril volcado del triunfalismo tapó a millones de colombianos, no solo a mí. Pero el

foco del infortunio empezó a definirse a partir del segundo partido, el que perdimos 2-1 con Estados Unidos, lo cual, nada más que en términos conceptuales, ya es —o por lo menos lo era en 1994— una desgracia en sí misma. En la mañana de ese día, 22 de junio, yo había tenido un mal palpito: en la librería de la Universidad de Antioquia había visto a una de las dependientas cantar, sin ningún entusiasmo, un estribillo tonto y monótono: “Colombia va a ganar, va a ganar”. Lo hacía mientras empacaba bolas de icopor en una bolsa. Claramente se veía que aquella triste sibila era la primera en no creer en su profecía. Y yo era el segundo: más allá de que me representaba a la selección de Estados Unidos como a un equipo de *boy scouts* santurrones, supe, de alguna manera, que no íbamos a ganarles. Lo pensé, pero, supongo, jugué a olvidarlo. Sin embargo, en la tarde, ya en casa, a pocos minutos de que la bola rodara, volví a toparme de frente con un mal augurio: del otro lado del patio, en la calle 30, se escuchó la descarga de tiros que segó la vida de un ciudadano desconocido. El hombre cayó, casi, en el mismo sitio en el que, cinco años atrás —en el último homicidio cometido en nuestro barrio—, se había desplomado el magistrado Héctor Jiménez.

El autogol lapidario del primer tiempo vino a confirmar los presagios funestos de quienes los albergábamos, mientras que el segundo tanto, el de Earnie Stewart —quien fue el más sorprendido con su propio gol—, instaló la desesperanza incluso en los corazones de los que, con optimismo irresponsable, todavía esperaban el milagro. El gol de descuento del Tren Valencia, al minuto 90, sólo sirvió para azuzar la impaciencia y ponerle un poso amargo al café de la desdicha. Todo ocurrió en el mismo estadio de Los Ángeles: aquel Rose Bowl en el que, según Pelé, íbamos a levantar el trofeo (el rey de fútbol, al parecer, no llevaba gafas en el sueño y lo vio todo al revés). Colombia, casi liquidado, necesitaba ganarle a Suiza en la última jornada y esperar varios resultados ajenos para llegar a ser uno entre los mejores terceros de los grupos.

El último partido se jugó en San Francisco, el domingo 26 de junio. Fue el único *match* que ganamos, pero apenas me fue dado ver un puñado de minutos del final, justo cuando Harold Lozano hizo su golazo inútil con drible y balón cruzado al segundo palo. Por entonces, yo veía en la universidad un curso de métodos arqueológicos cuyas profesoras, por desentendimiento futbolero o por todo lo contrario

—por pura sapiencia—, programaron una salida de campo para el fin de semana en el que debíamos jugar contra los suizos. Fuimos a la vereda El Cabuyal, en Copacabana, donde hicimos un par de pozos de sondeo muy burdos, y en los que apenas vinimos a encontrar el fragmento huérfano y minúsculo de un cacharro cerámico cuya antigüedad era difícil de establecer, y que, por lo mismo, carecía de importancia (resultaba tan relevante como el gol del Tren). Un sol de los mil diablos, similar al que afligía a los futbolistas en Estados Unidos, golpeó nuestras espaldas durante ese par de días e hizo particularmente extenuante el rescate de aquel tesoro precolombino. Cuando, mediando la tarde del domingo, bajamos al parque del pueblo, llegamos justo para ver el gol de Lozano e informarnos de que, en el partido simultáneo, Rumania derrotaba 1-0 a la selección local, lo cual nos mandaba al último lugar del grupo y, de paso, a la tumba. Para colmo, el resumen televisivo del partido nos dejó ver que el primer gol —un cabezazo tibio de Carepa Gaviria que, vaya a saberse por qué, se le coló al arquero suizo— calificaba para ser uno de los goles menos agraciados del campeonato.

Ese fue mi Mundial de 1994: nada más que sombras, a pesar del sol radiante. La selección, apaleada, regresó el lunes 27, y, pese a las cabezas gachas, todos pensamos —yo en particular— que había terminado, por fin, esa pesadilla en la que se había convertido un sueño mal cultivado. Eso creíamos, al menos. Nadie sospechaba que lo peor estaba por llegar.



*Baggio*. Giclée sobre papel algodón. 50 x 50 cm

# Mi hermano, Holanda y el origen de todo

Mónica López Alzate \*

Mi primer contacto con el fútbol fue a través de un anuncio. Un canal de televisión iba a transmitir un partido de la selección peruana, no recuerdo contra quién, y en los anuncios promocionales ya presentaban imágenes de esas dos selecciones enfrentadas. Sin la más mínima precaución pregunté por qué, si el partido no se había jugado, ya tenían imágenes de él. Mi hermano mayor, un fanático del fútbol, aclaró que ese era un partido viejo y que usaban las imágenes para promocionar, pero que en realidad el partido anunciado no se había jugado. No recuerdo cuántos años teníamos entonces, pero para el Mundial de Francia 98, mi segundo acercamiento con el fútbol, él tenía diez y yo siete. Por nuestra edad podría decirse que era nuestro primer Mundial con cierta conciencia, aunque a él ya le gustaba el fútbol, referenciaba jugadores e intercambiaba caramelos para el álbum del Mundial.

En 1998, los dos dormíamos en la misma habitación y compartíamos el mismo televisor. Obviamente había una guerra por el dominio de este; quien fuese más hábil, rápido y estuviese cerca a la perilla podía controlar el mundo. En esa guerra yo encendía el televisor para poner televentas de productos que no me podían comprar y mi hermano se enganchaba viendo el Mundial. A él no lo enamoraba la selección Colombia, creo que para ese entonces o no existía o nosotros no percibíamos tanto fervor patrio por la selección; tal vez el rezago del Mundial del 94 y la muerte de Andrés Escobar tenía los ánimos diezmados para este.

---

\* Filósofa y magíster en Escrituras Creativas. Docente del magisterio de Medellín. Aprendiz de historias narrativas y audiovisuales. Le metió un gol de taco a su hermano. Hinchó del Barcelona.

A mi hermano le gustaba la selección holandesa, como tradicionalmente se conoce y como la voy a seguir nombrando, más allá de que sea correcto decir Países Bajos, pues hay cierto encanto, tradición—incluso futbolística—y paladeo en decir Holanda. Yo no sabía por qué el amor por la selección holandesa y no por la colombiana, pero a medida que perdía mis batallas por la perilla del televisor, barajaba algunas posibilidades, que eran más las mías que las suyas, pues a mí también me iban gustando el fútbol, el Mundial y la selección holandesa.

Primero pensé que era por esos dos jugadores del medio campo: Seedorf y Davids, cuyas rastas dejaban ver un estilo relajado, alterno y fresco, aunque en el campo eran técnica y agresividad. Luego pensé que era por los hermanos De Boer, un par de gemelos que, por lo menos para mí, eran la novedad: ¿cómo era posible que dos hermanos llegaran a ser profesionales y jugaran en la selección? Eso, a todas luces, era impensable en nuestra esfera; con lo difícil que es ser futbolista profesional por el dinero, la suerte—o mejor, rosca—y la horripilante ley de oferta y demanda que hay en nuestro país. Si bien, ahora hay más ejemplos de hermanos profesionales que juegan en la misma selección como los Hernández en Francia, o hace unos años los Milito en Argentina, en ese tiempo me parecía una cosa rara.

Realmente a mi hermano le gustaba la selección holandesa por dos razones. Primero por Patrick Kluivert. Mi hermano, que jugaba fútbol como delantero en el barrio, quería ser como él, era su ídolo, su referente y su sueño a seguir; pero él como tantos otros, entonces y ahora, fue arrollado por la cruel ley de oferta y demanda futbolera: demasiados sueños y talentos para tan pocas posibilidades. Segundo, porque le gusta el Barcelona de España, y entre esos dos, el equipo y la selección holandesa, ha habido históricamente una melosería en pro del buen fútbol. Para ese Mundial la selección holandesa tenía siete jugadores que pertenecían al Barcelona, de los cuales por lo menos cinco eran titulares.

A medida que transcurría el Mundial, yo dejé de pelear por ver las televentas y me fui encariñando con la selección brasilera, con la holandesa, y por defecto, con el Fútbol Club Barcelona. También fui descubriendo otras figuras del Mundial como Fabien Barthez, Ronaldo, Davor Šuker, Roberto Carlos, Ariel Ortega y Cafú. Esos

jugadores que te hacen extrañar un fútbol más simple y menos mercantil como el de ahora.

Hacia el final del Mundial pasó lo más temido para una aficionada novata: sus dos selecciones favoritas se enfrentaron. En semifinales jugaron Brasil y Holanda. Yo tenía el gusto dividido, mi hermano estaba claro: Holanda, o lo que es lo mismo, el Barcelona. En ese partido, las opciones de gol fueron de lado y lado y viví por primera vez, con la importancia que eso tiene, que alguien metiera un gol en los últimos minutos del partido. Esos goles decisivos al finalizar los partidos son una contradicción: alegría y tristeza pura y colectiva al mismo tiempo.

Ahora puedo decir con seguridad que no se trataba solo de ver fútbol. Esa fue quizá la primera vez que fui consciente del mundo, y de lo que existía más allá de las calles del 12 de Octubre, fue la apertura a conocer una alegría colectiva y de querer explorar el mundo con el deseo incipiente de ser periodista deportiva sólo para viajar y descubrir.

También puedo decir que es con ese tipo de momentos, como el gol de Holanda al minuto 41 o 42 del segundo tiempo, que el fútbol o el deporte se vuelve adictivo. Esos momentos tienen una descarga instantánea y repentina, y son capaces de liberar presión, ansiedad y angustia. Ese instante en el que Kluivert mete el gol para empatarle a Brasil, para mí solo significaba que se iban a tiempo suplementario y, como terminó ocurriendo, a los penaltis para definir el paso a la final; pero a lo mejor ese momento es el origen de por qué me gusta ver deportes. Y sí, en plural, porque me detengo ante el fútbol —aunque cada vez menos, porque este es sobre todo un espectáculo de mercadeo—, el ciclismo, el baloncesto, el béisbol, el voleibol y el tenis.

La narrativa de un partido (o de la ruta, para hablar en términos de ciclismo) cambia en cualquier momento, al instante, tras un hecho fortuito, planeado o con un error, así como la vida, así como las historias que escribimos y leemos. Las historias, como los deportes, están llenas de puntos de giro, emociones, objetivos y estrategias para conseguirlos. Fácilmente podría decir que los deportes representan una estructura narrativa similar a las historias leídas o vistas en el cine, y por eso son tan fascinantes de ver. Con el calentamiento vamos conociendo los personajes, el escenario, el tiempo, con el pitazo empieza el desarrollo y con cada gol, canasta

o batazo se va construyendo la narrativa y los puntos de giro. El gol de Ronaldo en el partido ya mencionado fue un primer punto de giro, un primer problema para Holanda y un nuevo objetivo para ambos; con el gol de Kluivert se vivió un clímax para mi hermano y los hinchas holandeses, y un anticlímax para los brasileiros, hasta llegar al emocionante desenlace con los penaltis.

Lo mejor de todo es que hay variedad de narrativas: hay empates como historias contemplativas, hazañas deportivas como historias fantásticas, derrotas como historias trágicas; en ambos hay protagonistas héroes y antihéroes, hay momentos dramáticos, eufóricos y tensos, por eso pienso que si a alguien le gustan las historias deberían gustarle también los deportes: ver pacientemente la historia contada hasta que algo ocurra, porque los partidos son tan impredecibles como la vida.

# Sin fiebre

Camilo Castañeda Arboleda\*

Querido Camilo (de 6 años):

Cuando mamá te mandó a comprar los bananos, fuiste corriendo a la tienda del viejito Alberto. No querías perderte ni un minuto del partido de Colombia contra Rumania. El Tino, el Pibe y el Tren. Era 1998. Tu primer año en la escuela. Tus primeras vacaciones de mitad de año. Descubrías por ti mismo que junio era un mes seco, de luz dorada. Al regresar, Nito, avezado conductor de bus por las lomas de Manrique, te arrebató uno de los plátanos. Se lo devoró, con cáscara y todo, frente a la multitud de vecinos que veían el partido en la sala donde la abuela Miryam atendía una licorera. Reíste hasta llorar. Es el primer recuerdo que tienes de un Mundial.

Cuando Colombia quedó eliminada, te pusiste la camiseta de Brasil y en la final conociste al cabecipelón de Zinedine Zidane, quien con dos cabezazos hizo llorar al derrotado Ronaldo, el de la portada del cuaderno que te había regalado la abuela.

Al terminarse el Mundial, sentiste un vacío en la boca del estómago, una inquietud en las tripas, el desgarró de una parte importante del pecho. Entonces le pediste al tío Giovanni que te enseñara a manejar el reproductor de VHS. Querías ver las cintas que llegaron con el periódico. Eran documentales que resumían los Mundiales entre el 70 y el 94.

Los viste una y otra vez. Solo y con tus amigos. Imitabas en la cancha, en la calle y en la escuela el gol con la mano de Maradona en el 86 y la jugada de Pelé contra Uruguay en el 70. Te entristecías cada vez que veías el fallo de Baggio en el 94. Era claro: estabas enfermo de fiebre mundialista y los síntomas sólo se calmarían cuatro años después, cuando la pelota volvió a rodar.

---

\* Nació en la Medellín del no futuro, donde aceptó ser hinchas de un equipo sin esperanzas. Es periodista, investiga temas asociados al conflicto armado, a ratos se distrae contando otras historias.

En Brasil 2014, con el regreso de Colombia al Mundial después de dieciséis años, viviste el episodio más alucinante y escandaloso de esa enfermedad.

Pero esta carta no es para contarte qué ha pasado en los Mundiales desde 1998. Tristemente, vengo a contarte que te has curado de esa fiebre. Que se te han quitado los sudores. Te has aliviado de una enfermedad anhelada, la más deseada, y este adulto de cuatro canas en la barbilla siente culpa por defraudarte.

Hace algunos años vi un documental que se llama *El Mundial olvidado*. Según la historia que contaba, sí hubo Mundial en 1942. Se jugó en la Patagonia argentina, de acuerdo con uno de los testigos: un lugar olvidado por Dios y por la guerra. El viejo Martín Ferri hacía referencia a la Segunda Guerra Mundial que se libraba en Europa y el Pacífico.

En el documental daban testimonio exfutbolistas como Roberto Baggio, Jorge Valdano y Gary Lineker. Periodistas e historiadores italianos y argentinos decían ante la cámara haber investigado el tema. También dieron testimonio habitantes de los pueblos patagónicos, indígenas mapuches y viejos futbolistas que dijeron haber participado en la Copa Mundial de 1942, organizada por Vladimir von Otz, un adinerado conde europeo que migró al sur de Argentina a inicios del siglo xx.

A pesar de que el terco Otz no consiguió el aval de la FIFA, parece que sí logró conseguir el trofeo original Jules Rimet ganado por Italia en 1938. En el Mundial participaron 12 selecciones, entre ellas Italia, Alemania, España, Escocia, Brasil y dos excéntricos invitados: Real Patagonia y la selección Mapuche. Las selecciones fueron conformadas por extranjeros de todo el mundo que se habían trasladado a la Patagonia para trabajar en la construcción de un dique sobre el río Neuquén. Eran obreros, mineros, excavadores, ingenieros, militares, pescadores, exiliados y revolucionarios en fuga. En cada selección había uno o dos jugadores profesionales.

Varios sucesos fantásticos ocurrieron en ese Mundial que nadie recuerda. Por ejemplo, en la semifinal entre Inglaterra y la sorprendente selección Mapuche, el árbitro pidió revelar una cinta de video para verificar si el disparo a puerta de un delantero indígena había rebotado adentro del arco. Después de varias horas, el juez central convalidó el gol con el que los mapuches clasificaron a la final contra los nazis alemanes.

El árbitro oficial de la competición era William Brett Cassidy, hijo

del prófugo estadounidense, ladrón de trenes, Butch Cassidy, que se escondió en algún rincón en Suramérica. En vista de las peleas entre los peculiares futbolistas, William Brett pitaba con un revólver en la mano. De hecho, en la final entre los mapuches y los nazis alemanes expulsó a un jugador —dando tiros al aire— por primera vez en la historia de los Mundiales: el atractivo Nahuel Futa, hipnotizador guardameta del equipo mapuche, especialista en atajar penaltis.

Todo esto sin hablar de las innovaciones tecnológicas de Guillermo Sandrini, fotógrafo de eventos, contratado por el conde Otz para hacer el registro audiovisual del certamen. Sandrini, inspirado en las narrativas de Leni Riefenstahl, ingenió una cámara casco para tener planos subjetivos dentro de las canchas, inventó las grúas que se instalan detrás de las porterías y se amarró a globos de helio para lograr tomas aéreas de los partidos.

Durante más de setenta años fue un misterio cuál selección había alzado el trofeo de 1942. Mientras se jugaba la final, se desató una tormenta que primero espantó a los espectadores del estadio y que más tarde rompió el dique, desatando una borrasca que arrasó el pueblo. Pero el hallazgo del cuerpo de Sandrini y una maleta con las cintas de la final lo reveló todo y motivó la grabación de *El Mundial olvidado*.

Pues bien, Milo, así de fantástico y real es el fútbol en el 2026.

Para empezar, ese Mundial no tiene casa. Se juega en tres países y en ninguno. Ya no hay un solo territorio que se deje habitar por el balón, como la sabana sudafricana en 2010 o las selvas amazónicas en 2014. Si antes el nombre propio de los Mundiales se decía de corrido, como un lugar —Francianoventaiocho, Mexicoochentaiséis, Italianoventa—, ¿cómo vamos a llamar esto que se jugará en Estados Unidos, Canadá y México?

Pero eso es lo de menos. En el Mundial de Estadosunidoscanadaimexicoveintiséis tendremos la oportunidad de apagar la tele o el celular para perdernos partidos inéditos y, seguro, intrascendentes. Cruces sin registros en viejos tacos de VHS, sin memoria en las tiendas de barrio, cotejitos que, en el futuro, si acaso, recordarán quienes los jugaron. Arabia Saudita contra Cabo Verde, por ejemplo. Es que, Milo, si se arma una selección aficionada de manriqueños, como la de los mapuches en el 42, seguro le ganamos a Curazao.

La fiebre del fútbol, pequeño Milo, también se enciende por momentos. En la última final de la Copa Africana de Naciones se

enfrentaron Senegal y el favorito Marruecos. Los senegaleses se fueron al camerino en el último minuto del tiempo reglamentario, después de que el árbitro concediera un penal a favor de los marroquíes. Protestaban contra el desequilibrio arbitral que, minutos antes, les había anulado un gol válido. Volvieron a la cancha animados por su capitán, Sadio Mané. Tensión máxima. El arquero tapó el penal y, en el alargue, Senegal ganó el partido 1-0. Copa arriba. Campeones de África, pese a no ser favoritos, contra todo lo que parecía ya decidido.

Pero tranquilo, Milo, hoy en día existe remedio a la fiebre futbolera: se llama escritorio. Dos meses después, sin sudor y sin rubores, la Confederación Africana de Fútbol castigó a Senegal por haberse retirado momentáneamente del campo y decidió que el marcador de la final fue 3-0 a favor de Marruecos.

Y eso no es lo peor, Milo. Todo está tan delirante como en 1942. Parece que Estadosunidoscanadaimexicoveintiséis se va a jugar mientras pueblos enteros han sido olvidados por Dios, pero no por la guerra. Le pasa a Irán, que en el campo ganó su clasificación y amenazó con renunciar tras recibir bombas enviadas desde uno de los anfitriones.

En medio de todo, los ídolos. Los mismos que uno pegaba en los cuadernos. Juegan para entretener, no se meten en política, dicen. Después aparecen en salones, de traje, sonrientes, al lado de hombres que no pisan la cancha, pero sí aprietan los botones y ordenan, llenos de odio, expulsiones de latinos, el pueblo más futbolero del planeta, el que seguramente llenará los estadios.

Y millones miran la pantalla, siguiendo la pelota como si no pasara nada, ignorando las cincuenta canchas que se proyectan sobre una ciudad que fue arrasada. Cincuenta campos sobre los que no jugarán fútbol los más de sesenta mil niños, impunemente asesinados.

Por eso, tal vez, se me ha ido quitando la fiebre. A dos meses del Mundial, con el mundo ardiendo, no hay certezas. Los días, semanas y meses son inciertos. Quién sabe, incluso, si antes de junio todo estalle, si se llegue a jugar. Pero si se juega, aunque me siente ante el televisor a ver algún partido y celebre alguna asistencia de Pedri, el mejor de todos, este será un Mundial que recordaré con vergüenza.

Con cariño,  
Camilo (de 34).



*Pibe. Giclée sobre papel algodón. 50 x 50 cm*

# Al fin y al cabo, todo esto tiene que ver

Anamaría Vargas Turriago\*

No llevaba ni una semana de vacaciones en Colombia cuando fue el domingo 18 de diciembre de 2022. Yo había hinchado fervorosamente por Argentina desde el inicio del Mundial, aunque ese fervor sólo se manifestara en la clandestinidad, porque sucede que vivo en Brasil. A pesar del riesgo, motivos tenía yo para esa temeraria preferencia: en primer lugar, era el último Mundial de Messi (su tercer o cuarto último Mundial) y el último Mundial de Ángel Di María. Además, Argentina realmente tenía una oportunidad de ganar, desde que, finalmente, se había acabado la mufa con la victoria de la Copa América en ese Maracanã escandalosamente vacío. Por último, y no menos importante, mi cuñada es argentina. Y yo opino que mis sobrinos también lo son porque, aunque nacieron y crecieron en Colombia, yo, que los conozco, doy fe de que la argentinidad es una cosa muy difícil de doblegar.

Fue decepcionante cuando mi hermano me dijo por teléfono que ver la final todos juntos como familia sería imposible: “No, ustedes no pueden venir, y el partido nosotros tenemos que verlo acá”. Claro, cómo no se me había ocurrido. Podremos ser familia, pero la cábala es otra cosa. Entonces mi amiga peruana y yo vimos el partido en la casa de mis papás. Ella observaba los manojos de expectativa, ansiedad y profundo sufrimiento en que nos habíamos convertido mi hermano (el que sí nos fue a ver), mi mamá y yo. Mi papá estaba tranquilo y hacía chistes incorrectos sobre el reciente golpe de Estado en Perú,

---

\* Antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia, migrante en Brasil hace siete años. Gestora cultural y estudiante de Ciencias Humanas. Hinchada de Millonarios, Palmeiras y AC Milan. Fan absoluta de la Rainha Marta. Suele estar arriba de una bicicleta.

porque a sus 71 años no sabe lidiar con el estrés ajeno ni hablarles a mis amigas de algo que no sea política.

“Ahora entiendo por qué eres como eres”, dice mi amiga mirando a mi familia, turista ella en una casa futbolera. Por qué soy como soy... Ni yo misma sabía cómo era, hasta que migré.

Podría decirse que me volví más futbolera cuando migré. Migrar hace que lo obvio deje de serlo, que la identidad deje de fluir y se vuelva una afirmación consciente. Se hace evidente que el sentido común, al perder la comunidad que le dio origen, se vuelve un ejercicio de recálculo constante. Migrar es como morder la manzana y, de repente, tener conciencia de sí misma, para posteriormente defender la propia existencia, un poco desordenadamente y a las patadas.

Lo que se daba por sentado, se vuelve un manifiesto. Ya no están los mismos compañeros en los mismos bares, los mismos planes donde veíamos los partidos. La cercanía al fútbol ya no es automática, ya no llegan amigos y hermanos a contarme las últimas noticias; ahora tengo que correr detrás de ellas, ser yo quien hace énfasis, quien trae el tema. Ahora el equipo, que en nuestro país es el mismo desde que tenemos memoria, aquí es una escogencia. Se siente extraño decidir sobre algo que parecía automático, como quien, en la mitad de su vida, elige un nuevo nombre. ¿Que por qué no elegí ser del Corinthians, el equipo del pueblo? Porque cuando llegué tenía sentido para mí ser de un equipo donde jugaran colombianos. Pero la verdad no es por Borja que todavía soy hincha del Palmeiras: es porque la primera amiga, la primera persona que me invitó a su casa en este país, es palmeirense.

El fútbol se vuelve, entonces, un punto de encuentro, un tema de conversación. A veces, cuando no me apetece decir de dónde soy (porque gracias a mi acento me lo preguntan unas cinco veces al día), me proponen adivinar mi ciudad si digo mi equipo de fútbol. Ese juego me gusta. Para decir de dónde es mi familia, digo que viven en un pueblo cerca al lugar donde se cayó el avión del Chapecó. Los corinthians me hacen el feo por ser del Palmeiras, pero luego se relajan cuando hablamos de Freddy Rincón. Ante la sensación de extranjería, las torpezas de mi portuñol y los dejos de mi acento, hablar de fútbol me permite una conversación trivial pero real y, paradójicamente, por algunos minutos dejo de sentir que estoy jugando de visitante.

Pero, después, llega el Mundial. La efervescencia nacional. Y, por más que viva en São Paulo o tal vez por eso mismo, yo no le voy a la selección de un país acostumbrado a subestimar a sus vecinos suramericanos en varios aspectos, si no en todos.

Recuerdo el partido Croacia-Brasil, que yo estaba viendo en un *Fan Fest*. En ese momento en el que Marquinhos erró el último penal, tuve apenas un microsegundo para entender que Brasil acababa de ser eliminado y para preguntarme qué tan bien logré disimular mi satisfacción. Miré a los lados, con miedo a ser descubierta, pero, como es obvio, nadie se estaba fijando en mí. No fue una sorpresa la decepción colectiva, pero sí lo fue la rabia. Para los brasileños, jugar un Mundial no representa una satisfacción en sí misma. Aquí a la selección se le exige la gloria, que en realidad no es más que una sombra, como ese espíritu de ciudad derrotada que hace décadas, o tal vez siglos, dejó de ser imperio, pero sigue con aires de superioridad.

¿Qué nos quedaba para ese día? El partido de Argentina contra Holanda. No podía perdermelo, pero ¿dónde verlo? ¿Dónde continuar la fiebre mundialista y, para peor de males, hacerle barra a Argentina?

Terminamos yendo al barrio japonés y entramos a un restaurante chino donde no nos entendían ni el pedido. Peruanas, colombianas y venezolanas compartimos un arroz mixto tan caliente como el partido, con ese punto álgido cuando la Pulga se paró en seco y, desafiante, miró directo a Van Gaal mientras le hacía la seña de Topo Gigio de Riquelme.

Sin embargo, escoger hinchar desde las sombras por una selección nacional aliada, pero ajena, se contrapone a la situación de no tener otra opción más que sentir, en todos los poros, a la propia selección de la forma más visible posible, precisamente por su visceralidad. Todo esto desde lejos, en un extranjero no sólo geográfico, pues se experimenta una sensación de estar exiliado de un sentimiento colectivo hecho para uno, pero que, así se estiren los brazos, no nos rodea.

La final la viví de forma intensa (porque no me sale vivirla de otra forma) pero a la vez incompleta. Porque no importa con quién estás sino dónde estás. Y si no estás en Argentina, no se vive igual.

Ese 18 de diciembre de 2022, apenas pude asimilar que Argentina había ganado el Mundial, pedí un nada barato taxi a la casa de

mi hermano y mi cuñada, que ya empezaba a llenarse de amigos y familia que se acercaban a presentar sus respetos y llevar ofrendas. Hoy, *ad portas* de la próxima Copa, le pregunto a mi cuñada qué se sintió ser campeona del mundo, pero estando en Colombia.

—Todo el mundo habla de estar en la final, ir al estadio, pero si yo pudiera teletransportarme, yo quiero ver la final en Buenos Aires. Todavía me acuerdo de salir a la calle cuando ganamos en el 86. Yo tenía diez años y estaba en mi ciudad chiquita. Pero me acuerdo como si fuera ayer. El festejo colectivo. Todos felices por lo mismo. Con una felicidad tan gigante que no se puede poner en palabras, pero que ves en la cara de la gente y sabés que están sintiendo lo mismo que vos. Y esto vale para las celebraciones de los triunfos y para el duelo de las derrotas. Desde que salí, vi a Argentina ser eliminada de tres Mundiales y perder la final en 2014. Y siempre, siempre hubiera querido estar en Buenos Aires. No hay como tomarse el subte el día después de quedar afuera del Mundial y ver a todos con cara de tristeza. No hay chistes, todo es bajón y depresión... pero todos juntos. Eso quisiera volver a vivir.

## Coda

A propósito del gesto retador a Van Gaal, me pregunto qué gestos provocadores traerá este nuevo Mundial (ahora sí, el definitivo último Mundial de Messi). Un Mundial en medio de una guerra. República Democrática del Congo participará en el torneo por primera vez en su historia. Su icónico hincha desde la Copa Africana de Naciones, Michel Kuka Mboladinga, se queda los 90 o 120 minutos de cada partido completamente estático, con la mano levantada, en homenaje a Patrice Lumumba. Pero tal vez no pueda ni asistir al Mundial. A él, que aprovecha las contiendas futbolísticas para recordar a un líder anticolonialista y defensor de los derechos humanos, le fue negada la visa. Y serán muchos los fanáticos, en los países anfitriones, que no se van a sentir cómodos de animar a sus selecciones en espacios públicos, porque les falta algún pedazo de papel.

Al fin y al cabo, todo esto tiene que ver: el fútbol, la migración y el derecho a pertenecer.

# El último refugio del aficionado

Jacques Coste\*

Llego a La Faena, mi cantina favorita de la Ciudad de México, ubicada entre las calles Venustiano Carranza e Isabel La Católica, en el centro histórico. Pido dos cervezas y dos mezcales. Un combo para mí y el otro para mi amigo, que llega en ese momento. Enseguida, empezamos a discutir un tema de máxima urgencia: quiénes son nuestros “gallos” para el próximo Mundial.

—España se lo va a llevar de calle —me dice—. Ahorita nadie compite con ellos.

—No descartaría a Francia —rebato—. Y más con el nivel que trae Mbappé y la experiencia que ya tiene el equipo. Es prácticamente el mismo once que jugó la final pasada.

—Bueno, España y luego le sigue Francia —concede—. Tampoco hay que dar por muertos a Argentina, Brasil y a la siempre decepcionante pero igualmente poderosa Inglaterra.

Levanto las cejas ante la grandilocuencia con que dice esto último. Y pregunto:

—¿Y qué con México?

—La peor generación en muchos años. Si llegamos a dieciseisavos de final me doy por bien servido —sentencia.

Lo miro con tristeza y resignación. Sé que tiene razón. Pero aun así, le respondo:

—¿Quién sabe? El Estadio Azteca y la afición pesarán. No te digo que van a ser campeones, pero creo que nos pueden dar alguna sorpresita.

---

\* Historiador y ensayista. También es asiduo aficionado al fútbol y a las cantinas, y tiene una relación de amor-odio con la selección mexicana.

Seguimos conversando en el mismo tono un buen rato y nos alcanzan otros amigos. La discusión se divide en dos bandos: los ilusionados con la selección y los pesimistas (¿o realistas?). Sin embargo, con unos mezcales encima, las divisiones se diluyen. De pronto, todos estamos convencidos de que el Tri llegará a cuartos de final, quizá hasta semifinales.

Al calor del licor, se nos ocurre: “¡Qué chingón sería ir al partido inaugural de la selección mexicana!”. Decepción inmediata: había que registrar una tarjeta de crédito de una marca específica en el portal digital de la FIFA un año antes y esperar en una “fila virtual” para ver si nos daban oportunidad de “intentar” comprar un boleto.

Decepción doble: el boleto más económico para ver a la selección mexicana en fase de grupos arranca en 4955 pesos mexicanos (242 dólares u 893 000 pesos colombianos), cuando el salario mínimo mensual en México es de 9582 pesos (469 dólares). Así, la entrada más barata equivale a más de la mitad de un sueldo mínimo y la inmensa mayoría de boletos son mucho más caros. Una alternativa son los *Fan Fest*, zonas donde la FIFA y los gobiernos locales transmiten los partidos en pantallas gigantes. En las sedes mexicanas el acceso será gratuito, aunque los alimentos y bebidas —vendidos exclusivamente por proveedores oficiales— suelen ser extremadamente caros. A eso hay que sumar que estas zonas tienen aforo para decenas de miles de personas, cuando el interés por el Mundial se cuenta en millones.

Primero nos indignamos y mentamos madres: “Pinches gringos. Mandaron a la chingada el fútbol. Venden los boletos a precios de espectáculo de Las Vegas. Va a haber puros extranjeros y ricachones en el estadio. Y ni siquiera vamos a poder entrar a los *Fan Fest*”. Luego nos resignamos y decidimos por unanimidad que queda un refugio seguro para los aficionados mexicanos: la cantina.

Ver un partido de fútbol en una cantina es una experiencia única. Ahí se entrecruzan tres elementos de la cultura popular mexicana: la gastronomía (tacos, guacamole, sopes, tlacoyos... todos los antojitos que uno se pueda imaginar están en una cantina), la bebida (cerveza, tequila, mezcal o lo que uno quiera beber para calmar los nervios del partido) y, por supuesto, el fútbol.

Comer y beber a placer y disfrutar del partido; cuando este termina, comentar las mejores jugadas, celebrar el triunfo o llorar la derrota

de tu equipo, según sea el caso, pero emborrachándote en cualquiera de los dos escenarios: es así como se vive el fútbol en una cantina.

Si uno de los elementos más emocionantes de ir al estadio es sentir la energía social que ahí se concentra, la cantina no se queda atrás. Por supuesto, se echa de menos ver a los jugadores en carne y hueso o escuchar directamente los sonidos de la cancha y la tribuna, pero la energía colectiva que se produce en las cantinas es similar a la de los estadios. La gente grita, se emociona, salta, se lamenta, golpea las mesas y reparte mentadas de madre a diestra y siniestra. La emoción se contagia y hasta quienes no son aficionados y acuden a la cantina más por beber o convivir, se acaban involucrando en el partido y apoyando a alguno de los equipos que juega. No pocas veces, al final del partido hay broncas de borrachos que los experimentados meseros y los comensales solidarios tienen que apagar.

Eso es lo mejor de ver los partidos de la selección mexicana: no hay pleitos porque todos los asistentes comparten un mismo equipo. Y esto se intensifica en los Mundiales: todos los mexicanos, hasta los menos futboleros, desean que le vaya bien al Tri.

Recuerdo que en el Mundial pasado, en 2022, asistí a El Gran León de Oro, otra de mis cantinas favoritas, a ver el partido en el que México se jugaba la clasificación a los octavos de final. El Tri había tenido una participación deslucida: empató 0-0 contra Polonia y perdió 2-0 contra Argentina. En el tercer juego, se enfrentaba contra Arabia Saudita y requería ganar por goleada para acceder a la siguiente fase.

Llegué temprano con algunos amigos de la oficina para apartar una mesa. Pese a que aún no daba el mediodía, pedimos varias cervezas para ir calmando los nervios. Inició el partido a eso de la una o dos de la tarde. México jugó sorprendentemente bien. No dejaba de llegar a la portería de los saudíes. Al minuto 47, el Tri anotó el primer gol, que celebré efusivamente con todos mis compañeros de mesa. Estábamos emocionados e ilusionados: la gesta parecía posible. También estábamos un poco borrachos y alegres. No sé de dónde salían o quién las pedía, pero cervezas, rondas de mezcal y botanas no dejaban de fluir a la mesa.

Al minuto 52, cayó la segunda anotación de México. Un gol impresionante de tiro libre, una obra de arte del zurdo Luis Chávez. No recuerdo por qué ni cómo acabé ahí, pero al entrar la pelota a la

red salí corriendo desaforadamente por toda la cantina y me fundí en un abrazo con un señor, ya mayor, gordito y con el pelo cano, que también estaba corriendo sin rumbo por el lugar. De tan eufórico y descompuesto que fue el abrazo, ambos caímos al suelo e incluso tirados seguimos celebrando. Nos levantamos, compartimos una mirada cómplice, nos dimos otro abrazo y, con unas fuertes palmadas en la espalda, pronunciamos la frase clásica del aficionado mexicano: “Sí se puede, chingá”.

Al final, no se pudo. México solamente ganó 2-1 y quedó eliminado en la fase de grupos. Mis amigos y yo no volvimos a la oficina: el jefe nos dio el día libre (¿o nos lo tomamos?). Nos quedamos bebiendo en la cantina. Aunque estábamos tristes, en el lugar se seguía respirando un tufo de fraternidad por la desilusión compartida. A eso de las ocho de la noche pedí un mezcal y observé a lo lejos al señor canoso, que estaba bebiendo un tequila. Nos miramos fijamente, con nuestras caras desencantadas y nuestras playeras de la selección que ahora portábamos con un poco de vergüenza, brindamos a lo lejos y bebimos nuestro trago solemnemente, como diciendo: “No se pudo, pero lo intentamos, chingá”.

Eso es ver fútbol en una cantina. Ni la FIFA ni Trump podrán quitarnos eso.



*Leo. Giclée sobre papel algodón. 50 x 50 cm*

# Opuestos

Laura Franco Salazar<sup>\*</sup>

Morata, el personaje que firma las obras de este *Leer y releer*, se define como punkero y metalero, viste casi siempre de negro —camisetas y pantalones básicos—, y al mismo tiempo cree decididamente en la rebeldía del color, escucha gritos en un amarillo saturado y ve revolución en el arte pop. Su obra digital completa, muy cercana al *mainstream*, con referencias a marcas como Coca-Cola y a personajes como Pablo Escobar y Duchamp, desobedece la estética y los temas que se esperan de la cultura *underground*.

En general, la contradicción es incómoda porque exige desbordar los límites de lo preconcebido y lo seguro, pero Morata —que también es Erre y Rodrigo Mora, el cineasta, el escritor y el profesor— nos permite entenderla como parte constitutiva e ineludible de la vida. La pintura, la fotografía y el cine —como él— son la misma cosa, que cambia de forma y de nombre según con lo que se mezcle.

Las siete imágenes de esta selección fueron destiladas de fotografías famosas, tomadas por otros, a las que les suprimió los elementos que consideraba no-esenciales; una forma de crear que discute con la figura de autor, el alcance de la originalidad y la posibilidad de que todo nos pertenezca a todos, como ocurre con el fútbol y sus relatos.

Los recuerdos y afectos del artista son los de todos: el rostro alegre del padre después de una victoria del Medellín en el Atanasio; la derrota del arquero Kazadi Mwamba, de la Selección de Zaire —actual República Democrática del Congo—, que fue enviado al banquillo en el Mundial del 74 tras recibir tres goles en menos de 20 minutos; la decisión de alentar a la Holanda de Johan Cruyff, en ese mismo Mundial.

---

<sup>\*</sup> Periodista egresada de la Universidad de Antioquia. Analista editorial de la Universidad Pontificia Bolivariana. También colabora para el *Periódico UNAL* (Universidad Nacional de Colombia). Ve fútbol solo cuando juega Medellín, igual que su papá.

Esa es la cultura de masas, insensata y entrañable, que le interesa a Morata. Trabaja con ella y por eso su trabajo tiene un alcance amplio. Es fácil reconocer a Andrés Escobar en la portada, luego del autogol; a Maradona en la final contra Alemania, en México 86; a Pelé, luego de la victoria 4-1 frente a Italia; a Sócrates, defensor de la Democracia Corinthiana; a Baggio, después de botar el penal en el Mundial del 94; a Valderrama como símbolo en Francia 98; y a Leonel Álvarez disputándole la pelota al alemán Brehme.

La escena después del autogol fue el primer retrato futbolero que pintó, porque vio ahí la tristeza de un país “llevado del diablo”, que creía que podía ganar algo, aunque fuera un Mundial. Todas las obras aquí incluidas, excepto esa que es óleo sobre lienzo, son pinturas digitales vertidas en papel algodón, otra unidad de contrarios —artificial y orgánico— que nos permite pensar en tres Erres distintos: uno en un concierto de punk, otro enseñando en un salón de clase el oficio de la paciencia para lograr un buen documental, y otro exponiendo sus cuadros, entre neveras de Postobón y verduras, en un granero del barrio Carlos E. Restrepo. En esta realidad —que es la de todos— y a través del arte, se configuran siempre los opuestos haciendo de todo, incluido el fútbol, algo mundano y divino.

# Manifiesto

Morata<sup>\*</sup>

Para Morata, el color es una forma de hacer énfasis en las discordancias propias de la sociedad del espectáculo. En la cultura de masas, el dolor humano, combinado con el entretenimiento, conforman un cúmulo de imágenes que se esparcen por múltiples pantallas y alteran nuestra percepción del mundo. La imposibilidad de separar la angustia y el entretenimiento en dicha iconosfera, es la base de su exploración y trabajo creativo.

En cuanto a su técnica, la imagen producida en computadora se lleva a la impresión Fine Art sobre papel algodón de alta gama, en una clara simbiosis entre lo análogo y lo digital.

Por otro lado, el óleo y el acrílico sobre lienzo son las técnicas con las que realiza su obra pictórica.

---

\* Escritor, cineasta, artista visual. Magíster en Creación Audiovisual. Le hizo barra a Holanda en los mundiales de 1974, 1978 y 2010. Gritó a rabiar los tres goles de Paolo Rossi a Brasil en el Mundial 82. Hinchas del Poderoso DIM.



(+57) 604 219 53 30 | [imprenta@udea.edu.co](mailto:imprenta@udea.edu.co)  
Impreso en mayo del 2026

